El revés y el derecho. Discurso de Suecia

Camus



El bello prefacio de Albert Camus (1913-1960) a la reedición de estos ensayos, escritos en la Argelia de su primera juventud, contiene algunas de las más sinceras reflexiones del escritor sobre su propia obra. Aunque reticente respecto a las torpezas expresivas de unas páginas fechadas mucho tiempo antes, en 1958, casi en vísperas de su muerte, el gran autor francés afirma: «Si, pese a tantos esfuerzos para construir un lenguaje y dar vida a unos mitos, no consigo un día volver a escribir "El revés y el derecho", será que nunca he conseguido nada».

La presente edición se complementa con el llamado «Discurso de Suecia», que engloba tanto la alocución pronunciada ante la Academia Sueca con ocasión de la concesión del Premio Nobel en 1957, como la importantísima conferencia titulada «El artista y su tiempo», en la que Camus afirmó una vez más su insobornable compromiso con la libertad.



Albert Camus

El revés y el derecho. Discurso de Suecia

ePub r1.0
Titivillus 25.04.17

Título original: *L’envers et l’endroit & Discours de Suède*
Albert Camus, 1958
Traducción: María Teresa Gallego Urrutia & Miguel Salabert

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

El revés y el derecho

A Jean Grenier

Prefacio

Escribí los ensayos reunidos en este volumen entre 1935 y 1936 (cuando tenía veintidós años) y los publiqué, pasado un año, en Argelia, en una tirada muy reducida. Hace mucho que esa edición no se encuentra por ninguna parte y siempre me he negado a que *El revés y el derecho* volviera a imprimirse.

No se debe esta obstinación mía a ninguna razón misteriosa. No reniego de nada de cuanto se dice en estas páginas, pero siempre me pareció que eran torpes de forma. Los prejuicios que tengo a mi pesar en lo referido al arte (me explicaré más adelante) me impidieron durante mucho tiempo pensar en una reedición. Es ello, en apariencia, una gran vanidad y podría dejar suponer que mis demás escritos satisfacen todas mis exigencias. ¿Es preciso que aclare que no van por ahí los tiros? Lo único que sucede es que soy más sensible a las torpezas de *El revés y el derecho* que a otras que no ignoro. ¿Cómo explicarlo si no es admitiendo que aquéllas se refieren al tema que más me importa y, dentro de un orden, lo traicionan? Zanjada ya la cuestión de su valor literario, puedo confesar, efectivamente, que este librito tiene para mí un considerable valor testimonial. Y digo bien para mí, porque es a mí a quien me da testimonio, es de mí de quien exige una fidelidad cuya hondura y cuyas dificultades yo sólo sé. Querría intentar decir el porqué.

Brice Parain asegura con frecuencia que en este librito está lo mejor que he escrito. Parain está en un error. No lo digo, pues sé cuán leal es Parain, movido por esa impaciencia que siente todo artista para con aquellos que caen en la impertinencia de preferir lo que fue a lo que es. No, si está en un error es porque a los veintidós años quienes no sean unos genios apenas si saben escribir. Pero entiendo lo que quiere decir este erudito enemigo del arte y filósofo de la compasión. Quiere decir, y está en lo cierto, que hay

más amor verdadero en estas páginas torpes que en todas las que vinieron después.

Cada uno de los artículos conserva, pues, en lo más recóndito, ese manantial único que alimenta de por vida lo que es y lo que dice. Cuando se seca el manantial, vemos cómo, poco a poco, la obra se acartona y se resquebraja. Tales son las ingratas tierras del arte que ya no riega la invisible corriente. El artista, de pelo ya ralo y seco, cubierto de bálago, está maduro para el silencio, o para los salones, que es como decir lo mismo. En cuanto a mí, sé que mi manantial está en *El revés y el derecho*, en ese mundo de pobreza y de luz en el que viví tanto tiempo y cuyo recuerdo me ampara aún de los dos peligros contrarios que amenazan a todo artista, el resentimiento y el contento.

En primer lugar, la pobreza nunca me pareció una desgracia: la luz derramaba sobre ella sus riquezas. Iluminó incluso mis rebeldías. Fueron casi siempre, creo poder decirlo sin hacer trampa, rebeldías por y para todos y para que la vida de todos creciera en la luz. No es seguro que tuviera mi corazón disposición para esa clase de amor. Pero las circunstancias me ayudaron. Para enmendar una indiferencia natural, me situaron a media distancia entre la miseria y el sol. La miseria me impidió creer que todo es bueno bajo el sol y en la historia; el sol me enseñó que la historia no lo es todo. Cambiar la vida, sí, mas no el mundo que consideraba yo como mi divinidad. Así fue sin duda como entré en esta carrera incómoda en la que me hallo y me comprometí con la inocencia en una cuerda floja por la que avanzo trabajosamente sin tener la seguridad de alcanzar la meta. Dicho de otro modo, me convertí en un artista si es que es cierto que no hay arte sin rechazo y sin consentimiento.

En cualquier caso, aquel calor hermoso que imperó en mi infancia me vedó cualquier resentimiento. Vivía con apuros, pero también en algo así como el deleite. Sentía en mí fuerzas infinitas: sólo hacía falta encontrar un punto en donde aplicarlas. No era desde luego la pobreza la que obstaculizaba esas fuerzas; en África, el mar y el sol son gratis. El obstáculo estaba más bien en los prejuicios o en la necedad. Me brindaban todo tipo de ocasiones para que prosperase en mí una «castellanería» que me perjudicó mucho, de la que se burla con razón mi amigo y maestro Jean

Grenier y que en vano he intentado corregir hasta que comprendí que se debía también a una fatalidad de las formas de ser. Más valía por lo tanto aceptar el orgullo propio e intentar usarlo antes que imponerse, como dice Chamfort, principios más fuertes que el carácter que se tenga. Pero, tras haberme sondeado, puedo asegurar que entre mis numerosas debilidades nunca estuvo el defecto más extendido entre nosotros, me estoy refiriendo a la envidia, auténtico cáncer de las sociedades y de las doctrinas.

No puedo atribuirme el mérito de esta afortunada inmunidad. Se la debo, ante todo, a mi gente, que carecía de casi todo y no envidiaba casi nada. Bastaron el silencio, la reserva, el orgullo natural y parco de aquella familia, que casi no sabía leer, para darme, a la sazón, las lecciones más elevadas, esas que duran siempre. Y, además, personalmente estaba demasiado ocupado en sentir para soñar con otra cosa. Aún hoy, cuando veo la vida que lleva en París alguien con una gran fortuna, en el desapego que me inspira hay con frecuencia compasión. Se dan en el mundo muchas injusticias, pero existe una de la que nunca se habla, y es la injusticia del clima. Durante mucho tiempo fui, sin saberlo, de los que se aprovechaban de esa injusticia. Ya estoy oyendo las acusaciones de nuestros feroces filántropos, si es que llegan a leerme. Pretendo hacer pasar a los obreros por ricos y a los burgueses por pobres para perpetuar la feliz servidumbre de unos y el poder de los otros. No, no se trata de eso. Antes bien, cuando la pobreza se conjuga con esa vida sin cielo ni esperanza que, al alcanzar la edad de hombre, descubrí en los espantosos suburbios de nuestras ciudades, entonces es cuando se consuma la injusticia suprema y la que más subleva; hay que hacer lo que sea, efectivamente, para que esos hombres se libren de la doble humillación de la miseria y la fealdad. Nací pobre en un barrio obrero, pero, no obstante, no sabía lo que era la auténtica desdicha hasta que conocí nuestros fríos arrabales. Ni siquiera tiene comparación con la miseria extrema árabe bajo cielos tan diferentes. Pero tras ver los suburbios industriales creo que nos sentimos mancillados para siempre y responsables de que existan.

No por ello deja de ser cierto lo que dije antes. Conozco a veces a personas que viven rodeadas de fortunas que no puedo ni concebir. No obstante, tengo que esforzarme para comprender que haya quien pueda

envidiar esas fortunas. Viví, hace mucho, durante ocho días colmado con los bienes de este mundo; dormíamos al raso en una playa, me alimentaba con fruta y me pasaba la mitad del día en unas aguas desiertas. Aprendí entonces una verdad que siempre me ha impelido a acoger los síntomas del confort o del acomodo con ironía, con impaciencia y, a veces, con ira. Aunque vivo ahora sin la preocupación del mañana y, en consecuencia, como un privilegiado, no sé poseer. De lo que tengo, y que siempre se me brinda sin haberlo buscado, no puedo conservar nada. Me parece que no tanto por prodigalidad cuanto por una forma diferente de escatimar: soy avaricioso de esa libertad que se esfuma en cuanto aparece el exceso de bienes. No ha dejado nunca de parecerme que el mayor de los lujos coincidía con cierta indigencia. Me gustan las casas desnudas de los árabes o de los españoles. El lugar en donde prefiero vivir y trabajar (y, cosa más extraña, en donde no me importaría morirme) es la habitación de un hotel. Nunca he podido sentirme a gusto en eso que se da en llamar vida de interior (y que es con tanta frecuencia lo contrario de la vida interior); esa felicidad a la que llaman burguesa me aburre y me asusta. Incapacidad que no es, por lo demás, nada de lo que haya que vanagloriarse, pues ha contribuido no poco a nutrir mis peores defectos. Nada deseo con envidia, y estoy en mi derecho, pero no siempre pienso en los deseos de los demás y eso me quita imaginación, es decir, bondad. Cierto es que me he inventado una máxima de uso personal: «Los principios debemos colocarlos en las cosas grandes; para las pequeñas basta con la misericordia». Por desgracia, nos inventamos máximas para colmar los socavones de la propia forma de ser. En mi caso, esa misericordia de la que hablo se llama más bien indiferencia. Y fácil es suponer que sus efectos son menos milagrosos.

Pero sólo pretendo dejar claro que la pobreza no implica forzosamente envidia. Incluso tiempo después, cuando una grave enfermedad me privó temporalmente de esa fuerza de vida que me lo transfiguraba todo, pese a las invalideces evidentes y las nuevas debilidades que hallaba en ese estado, es posible que cayese a veces en el temor y el desánimo, pero nunca en la amargura. Aquella enfermedad añadía trabas sin duda, y durísimas, a las que ya me aquejaban. Pero a fin de cuentas favorecía esa libertad del corazón, ese leve distanciamiento de los intereses humanos que siempre me

protegió del resentimiento. Desde que vivo en París, sé que se trata de una prerrogativa regia. Pero he disfrutado de ella sin límites ni remordimientos y, hasta ahora al menos, me ha iluminado la vida entera. Por ejemplo, por ser artista empecé a vivir en la admiración, cosa que, en cierto modo, es el paraíso terrestre. (Sabido es que lo que ahora está de moda en Francia cuando se comienza en el campo de las letras, e incluso cuando se acaba, es, por el contrario, escoger a un artista del que burlarse). De igual forma, mis pasiones humanas nunca han ido «en contra». Los seres a los que he querido han sido siempre mejores y mayores que yo. La pobreza, pues, tal y como la viví, no me enseñó el resentimiento, sino, antes bien, cierta fidelidad y una tenacidad muda. Si a veces lo he olvidado, sólo yo o mis defectos hemos tenido la culpa, y no el mundo en que nací.

Es también el recuerdo de aquellos años lo que me impidió siempre sentirme satisfecho en el ejercicio de mi profesión. Querría referirme aquí, con cuanta sencillez me sea posible, a eso que los escritores suelen callar. Ni siquiera pienso en la satisfacción que proporciona, al parecer, hallarse ante el libro o la página bien logrados. No sé si muchos artistas conocen esa satisfacción. En cuanto a mí, no creo haber sentido nunca alegría alguna al volver a leer una página concluida. Y llegaré incluso a confesar, aceptando que se me tome al pie de la letra, que el éxito de algunos de mis libros siempre me sorprendió. Por supuesto que es algo a lo que se acostumbra uno, y de forma bastante poco digna de encomio. No obstante, aún hoy me siento como un aprendiz junto a escritores vivos a quienes coloco en el lugar que les corresponde por su mérito probado; y es uno de los primeros ese a quien dediqué estos ensayos hace ya veinte años. Desde luego que el escritor tiene alegrías para las que vive y que bastan para colmarlo. Pero para mí están en el momento de la concepción, en el mismo instante en que aparece el tema, en que la sensibilidad, clarividente de pronto, capta el esbozo de la articulación de la obra, en esos momentos deliciosos en que la imaginación y la inteligencia son por completo una misma cosa. Esos instantes se van igual que llegan. Queda la ejecución, es decir, una prolongada penalidad.

En otro ámbito, un artista también tiene alegrías vanidosas. El oficio de escritor, sobre todo en la sociedad francesa, es en gran parte oficio

vanidoso. Lo digo, por lo demás, sin desprecio alguno, apenas con cierta compunción. En este punto, me parezco a los demás. ¿Quién puede asegurar que carece de esa ridícula tara? Bien pensado, en una sociedad entregada a la envidia y a la burla, siempre llega el día en que, sometidos a múltiples mofas, nuestros escritores pagan con un elevado precio esas míseras alegrías. Pero debo decir que, en veinte años de vida literaria, mi oficio me ha proporcionado pocas alegrías de ésas, y cada vez menos según iba pasando el tiempo.

¿Será el recuerdo de verdades que columbré en *El revés y el derecho* lo que siempre me ha impedido hallarme a gusto en el ejercicio público de este oficio mío y me ha llevado a tantos rechazos que no siempre me han proporcionado amistades? Pues cuando se hace caso omiso del elogio o el homenaje, puede creer el elogiador que lo desdeñamos, siendo así que sólo es de nosotros de quien dudamos. De la misma forma, si hubiera mostrado esa mezcla de avidez y complacencia que se da en la carrera literaria, e incluso si hubiera extremado la exhibición, como tantos otros, me habría granjeado más simpatías, pues, a fin de cuentas, habría entrado en el juego. ¡Pero es un juego que no me divierte, qué le vamos a hacer! En la ambición de Rubempré o de Julien Sorel lo que me desconcierta en muchas ocasiones es su ingenuidad y su modestia. La de Nietzsche, de Tolstoi o de Melville me conmueven, precisamente porque fracasaron. En lo hondo del corazón, no me siento humilde sino ante las vidas más pobres o las grandes aventuras de la mente. Entre ambas cosas hay ahora una sociedad que mueve a risa.

A veces, en esos estrenos teatrales, que son el único sitio en que coincido con eso a lo que se le da el insolente nombre de «el todo París», me da la impresión de que la sala va a esfumarse, de que ese mundo, tal y como aparenta ser, no existe. Son los otros los que me parecen reales, las notables figuras que alzan la voz en el escenario. En esos casos, para no salir huyendo hay que acordarse de que todos y cada uno de los espectadores tienen también una cita consigo mismos, que lo saben y que, seguramente, acudirán a ella dentro de un rato. En el acto vuelven a parecernos fraternos: las soledades reúnen a quienes la sociedad separa. Y cuando es ya algo sabido, ¿cómo bailarle el agua a ese mundo, cómo codiciar sus irrisorios privilegios, cómo acceder a dar la enhorabuena a

todos los autores de todos los libros y agradecer la crítica favorable? ¿Y por qué intentar seducir al adversario? ¿Qué cara ponerles sobre todo a esos elogios y esa admiración que en la sociedad francesa (al menos en presencia del autor, porque una vez que se ha marchado…) son tan corrientes como el Pernod o la prensa del corazón? Es un hecho que todas esas cosas me superan. Quizá hay en ello mucho de ese orgullo malo de cuyo tamaño y poderes en mí soy muy consciente. Pero si sólo se tratara de eso, si sólo interviniera mi vanidad, me parece que sucedería lo contrario, que disfrutaría superficialmente del elogio en vez de sentirme incómodo una y otra vez. No, esa vanidad que comparto con las personas de mi condición noto sobre todo que acusa algunas críticas en las que hay gran parte de verdad. Ante el elogio, no es la ufanía la que me pone esa expresión de mal alumno y de ingrato que tan bien conozco, sino (junto con esa honda indiferencia que es en mí como una tara natural) un singular sentimiento que aparece en esos casos: «No es eso…». No, no es eso; y ahí está la causa de que a veces sea tan difícil aceptar la reputación, como suele decirse, y hay una especie de alegría malsana en hacer lo que sea menester para perderla. En cambio, cuando vuelvo a leer, después de tantos años y para esta edición, *El revés y el derecho*, sé instintivamente cuando me encuentro con determinadas páginas, y pese a las torpezas, que sí que es eso. Eso, es decir, esa anciana, esa madre callada, la pobreza, la luz en los olivos de Italia, el amor solitario y poblado, todo cuanto da testimonio, desde mi punto de vista, de la verdad.

Desde que se escribieron estas páginas, he envejecido y he pasado por muchas cosas. He aprendido acerca de mí mismo, y sé de mis limitaciones y de casi todas mis debilidades. He aprendido menos acerca de los seres, porque mi curiosidad se refiere más a su destino que a sus reacciones, y los destinos se repiten mucho. Pero al menos he aprendido que existían y que, aunque no se pueda renegar del egoísmo, hay que intentar que sea lúcido. Es imposible disfrutar de uno mismo; lo sé, pese a lo bien dotado que estoy para esa actividad. Si existe la soledad, cosa que ignoro, bien se podría reivindicar, llegado el caso, el derecho de soñar con ella como si de un paraíso se tratara. Lo hago a veces, como todo el mundo. Pero dos apacibles ángeles me han impedido siempre entrar. Tiene uno el rostro del amigo; y

otro, el del enemigo. Sí, estoy al tanto de todo eso; y también me he enterado, más o menos, del precio que costaba el amor. Pero acerca de la vida en sí, no sé más de lo que digo, torpemente, en *El revés y el derecho*.

«No hay amor por la vida sin desesperación por la vida», escribí, no sin énfasis, en estas páginas. No sabía, a la sazón, cuán cierto era; aún no había cruzado por los tiempos de la auténtica desesperación. Esos tiempos llegaron y consiguieron destruirlo todo en mí menos, precisamente, el apetito desordenado de vivir. Aún padezco esa pasión, a la vez fecunda y destructora, que se desfoga incluso en las páginas más sombrías de *El revés y el derecho*. Hubo quien dijo que sólo vivimos en realidad algunas horas de nuestra vida. Y es cierto en un sentido, y falso en otro. Pues el voraz fervor que puede notarse en los ensayos que vienen a continuación nunca se alejó de mí y, en última instancia, es la vida, en lo que tiene de mejor y de peor. No cabe duda de que quise corregir lo peor a que me incitaba. Intenté, como todo el mundo, recurrir a la moral para enmendarme el carácter. Y eso es, ¡ay!, lo que más caro me ha salido. Con energía, que es algo de lo que no carezco, conseguimos a veces comportarnos en concordancia con la moral, pero no conseguimos existir. Y apetecer la moral cuando se es hombre de pasión es abocarse a la injusticia al tiempo que se habla de justicia. A veces veo al hombre como una injusticia en marcha: estoy pensando en mí. Si tengo, en este momento, la impresión de haberme equivocado o de haber mentido en lo que a veces escribí es porque no sé cómo dar a conocer honradamente mi injusticia. Nunca dije, desde luego, que fuera justo. Sólo he llegado, a veces, a decir que hay que intentar serlo, y también que era un dolor y una desdicha. ¿Pero es tanta la diferencia? ¿Y puede en verdad predicar la justicia quien ni tan siquiera consigue que rija su vida? ¡Si al menos se pudiera vivir según el honor, esa virtud de los injustos! Pero nuestro mundo considera obscena esa palabra; aristócrata es uno de los insultos literarios o filosóficos. No soy aristócrata, mi respuesta cabe en este libro: éstos son mi gente, mis maestros y mi linaje; he aquí lo que, por mediación suya, a ellos me une. ¡Y, no obstante, sí, necesito honor, porque no soy lo bastante grande para prescindir de él!

¡Qué más da! Sólo quería dejar constancia de que, aunque he caminado mucho desde este libro, no he progresado gran cosa. Con frecuencia, creía

avanzar y retrocedía. Pero, a la postre, mis errores, mis ignorancias y mis fidelidades siempre me han vuelto a conducir a ese antiguo camino que empecé a trazar con *El revés y el derecho*, cuyas huellas se advierten en cuanto he hecho desde entonces y por el que, algunas mañanas argelinas, por ejemplo, sigo pisando con la misma embriaguez leve.

¿Por qué, pues, si así son las cosas, me he negado durante mucho tiempo a volver a sacar a la luz este humilde testimonio? Ante todo, porque hay en mí, debo repetirlo, resistencias artísticas, de la misma forma que hay en otros resistencias morales o religiosas. La prohibición, el concepto de «eso no se hace», que me resulta bastante ajeno en mi condición de hijo de una naturaleza libre, me afecta en mi condición de esclavo, y de esclavo admirativo, de una severa tradición artística. Es posible también que esta desconfianza apunte a mi anarquía profunda y siga, en ese aspecto, siéndome útil. Conozco bien mi desorden, la violencia de algunos instintos, el desabrido desapego en el que puedo caer. Para edificarse, la obra de arte debe recurrir primero a esas fuerzas oscuras del alma. Pero no sin canalizarlas, sin rodearlas de diques para que suba bien el nivel del agua. Es posible que mis diques sean aún en la actualidad demasiado altos. De ahí esa rigidez ocasional… El día en que, sencillamente, se establezca el equilibrio entre lo que soy y lo que digo, ese día, y apenas si me atrevo a decirlo, quizá podré construir la obra con la que sueño. Lo que he querido decir aquí es que, de una forma o de otra, se parecerá a *El revés y el derecho*, y hablará de determinada forma de amor. Puede, pues, comprenderse el segundo motivo por el que me he guardado estos ensayos de juventud. Los secretos que más caros nos son, el desorden y la torpeza los desvelan demasiado; también se traslucen tras un disfraz excesivamente elaborado. Vale más esperar a convertirse en un experto para darles forma sin que deje de oírse su voz; a ser capaz de aunar, en dosis más o menos equivalentes, la naturaleza y el arte; vale más, en fin, esperar a ser. Pues eso es ser: poderlo todo a un tiempo. En el arte, o todo llega al tiempo o no llega nada; no hay luces sin llamas. Stendhal exclamó un día: «Pero es que mi alma es un fuego que padece si no arde». Los que se le asemejan en ese aspecto sólo deberían alzar la voz en esa hoguera. En la cima de la llama, el grito surge, recto, y crea sus palabras, que lo repercuten a su vez. Me estoy

refiriendo a eso que todos nosotros, artistas sin la seguridad de serlo, pero con la seguridad de no ser otra cosa, esperamos, día tras día, para acceder por fin a estar vivos.

¿Por qué, pues, si de esa espera estamos hablando y si, posiblemente, es vana, acepto hoy esta publicación? Primero porque ha habido unos lectores que han sabido dar con el argumento que me ha convencido[1]. Y, además, siempre llega un tiempo en la vida de un artista en que tiene que hacer balance, que acercarse a su propio centro para intentar, a continuación, mantenerse en él. Así están las cosas ahora y no necesito decir nada más. Si, pese a tantos esfuerzos para construir un lenguaje y dar vida a unos mitos, no consigo un día volver a escribir *El revés y el derecho* será que nunca he conseguido nada. He ahí algo de lo que estoy oscuramente convencido. En cualquier caso, nada me impide soñar que voy a conseguirlo, a imaginarme que volveré a colocar en el centro de esta obra el silencio admirable de una madre y el esfuerzo de un hombre para recuperar una justicia o un amor que equilibren ese silencio. En el sueño de la vida, he aquí al hombre que halla sus verdades y las pierde en el territorio de la muerte para regresar, cruzando por guerras, gritos, la demencia de la justicia y el amor, el dolor en fin, hacia esa patria tranquila en la que incluso la muerte es un silencio dichoso. He aquí también… Sí, nada impide soñar en la propia hora del destierro, puesto que al menos sé con certidumbre esto: que la obra de un hombre no es sino ese largo caminar para recuperar, pasando por los desvíos del arte, las dos o tres imágenes sencillas y grandiosas a las que se le abrió el corazón una vez primera. Quizá a eso se debe que, tras veinte años de trabajo y producción, siga viviendo con la idea de que ni tan siquiera he comenzado mi obra. De eso fue de lo que sentí deseos de dejar constancia aquí antes de nada, en cuanto, con motivo de esta nueva edición, me volví hacia esas primeras páginas que escribí.

La ironía

Hace dos años conocí a una anciana. Padecía una dolencia que al principio creyó que iba a matarla. Se quedó completamente paralítica del lado derecho. Sólo le restaba en este mundo una mitad de su persona, mientras que la otra le era ya ajena. Una viejecita bullidora y charlatana, que quedó reducida al silencio y la inmovilidad. Al estar sola durante largas horas, al ser analfabeta y de no mucha sensibilidad, toda su vida se reducía a Dios. Creía en él. Y la prueba es que tenía un rosario, un cristo de plomo y, de escayola, un san José con el Niño en brazos. Le cabían sus dudas de que aquella enfermedad fuera incurable, pero lo afirmaba para que le hicieran caso y, en lo demás, se remitía a ese Dios al que tan mal quería.

Aquel día alguien le estaba haciendo caso. Un joven. (Creía que existía una verdad y sabía, por lo demás, que aquella mujer iba a morir, y no se preocupaba por resolver esa contradicción). Le había despertado un interés auténtico el aburrimiento de la anciana. Y ella lo había notado a la perfección. Y aquel interés era una bicoca para la enferma. Le contaba sus desdichas muy animada: había llegado al final del camino y no hay más remedio que cederles el sitio a los jóvenes. ¿Que si se aburría? Claro que sí. Nadie le hablaba. Estaba metida en un rincón como un perro. Más valía acabar de una vez. Porque prefería morirse a tener que depender de alguien.

Se le puso la voz beligerante. Era una voz de mercado, de regateo. Y, no obstante, el joven la entendía. Aunque opinaba que valía más depender de los demás que morirse. Pero eso sólo venía a demostrar una cosa: que seguramente nunca había tenido que depender de nadie. Y, precisamente, le estaba diciendo a la anciana —porque había visto el rosario—: «Le queda a usted Dios». Era cierto. Pero incluso en eso no la dejaban en paz. Si, por

ventura, se quedaba un buen rato rezando, si se le perdía la mirada por algún dibujo del tapizado, su hija decía:

—¡Ya está otra vez rezando!

—¿Y a ti qué más te da? —le preguntaba la enferma.

—Me da lo mismo. Pero acaba por crisparme.

Y la anciana se callaba, clavando en su hija una mirada prolongada y cargada de reproches.

El joven lo oía todo con una pena tremenda y desconocida, que le molestaba en el pecho. Y la anciana añadía:

—Ya verá cuando sea vieja. ¡Ella también lo necesitará!

Se notaba a la anciana emancipada de todo menos de Dios, entregada por entero a ese mal postrero, virtuosa por necesidad, persuadida con excesiva facilidad de que lo que le quedaba era el único bien digno de amor, inmersa al fin y sin retorno en la miseria del hombre inmerso en Dios. Pero si renace la esperanza de vida, Dios no tiene fuerza bastante frente a los intereses del hombre.

Se sentaron todos a la mesa. El joven estaba invitado a cenar. La anciana no comía porque tomar algo por la noche le cae pesado al estómago. Se quedó en el rincón, a la espalda del que la había estado oyendo. Y él no comía a gusto porque notaba que lo estaban observando. Pero la cena avanzaba. Para que durase más la velada, decidieron ir al cine. Precisamente echaban una película divertida. El joven había aceptado irreflexivamente, sin acordarse de aquel ser que seguía existiendo a su espalda.

Los comensales se levantaron para ir a lavarse las manos antes de salir. Ni se planteaba, por supuesto, que la anciana fuera también al cine. Aunque no hubiera estado impedida, su ignorancia no le habría permitido enterarse de la película. Decía que no le gustaba el cine. La verdad era que no se enteraba. Y, por lo demás, estaba en su rincón y consagraba un intenso y vacuo interés a las cuentas del rosario. Tenía puesta en él toda su confianza. Aquellos tres objetos que tenía consigo le indicaban el punto material en que empezaba lo divino. Desde el rosario, el cristo o el san José y por detrás de ellos se abría un dilatada y honda oscuridad en donde tenía albergada toda su esperanza.

Ya estaban listos. Se acercaban a la anciana para darle un beso y las buenas noches. Ella ya se había dado cuenta de qué pasaba y apretaba con fuerza el rosario. Pero quedaba claro que el ademán podía obedecer lo mismo a la desesperación que al fervor. Ya le habían dado todos un beso. Sólo quedaba el joven. Le estrechó la mano a la anciana afectuosamente y ya le estaba volviendo la espalda. Pero la anciana veía que se le marchaba ese que le había hecho caso. No quería quedarse sola. Sentía ya el espanto de su soledad, el prolongado insomnio, el decepcionante encuentro a solas con Dios. Tenía miedo, no contaba ya sino con el hombre y, aferrándose al único ser que la había atendido, no le soltaba la mano, se la apretaba, dándole torpemente las gracias para justificar aquella insistencia. El joven se sentía violento. Ya miraban hacia atrás los otros para meterle prisa. La película empezaba a las nueve y era mejor llegar un poco antes para no tener que hacer cola.

Él se sentía encarado con la más espantosa desdicha que hubiera conocido jamás: la de una anciana impedida a la que abandonaban para ir al cine. Quería irse, escurrir el bulto, no quería saberlo, intentaba liberar la mano. Durante un segundo, le entró un odio feroz por aquella anciana y pensó en abofetearla violentamente.

Pudo al fin soltarse e irse mientras la enferma, medio incorporada en el sillón, veía con espanto cómo se desvanecía la única certidumbre a la que podía aferrarse. Ahora ya nada la amparaba. Y, entregada por completo al pensamiento de su muerte, no sabía exactamente qué la atemorizaba, pero notaba que no quería estar sola. Dios sólo le valía para arrebatarla de entre los hombres y conseguir que se quedara sola. No quería separarse de los hombres. Y por eso empezó a llorar.

Los demás ya estaban en la calle. Un remordimiento terco atenazaba al joven. Alzó la vista hacia la ventana iluminada, un ojo grande y muerto en la casa silenciosa. El ojo se cerró. La hija de la anciana le dijo al joven:

—Siempre apaga la luz cuando está sola. Le gusta quedarse a oscuras.

El anciano parecía estar de enhorabuena, fruncía las cejas, movía un índice sentencioso. Decía:

—A mí mi padre me daba cinco francos de mi jornal de la semana para mis gastos hasta el sábado siguiente. Bueno, pues me las apañaba para ahorrar unas perras. De entrada, para ir a ver a la novia me hacía a campo traviesa cuatro kilómetros a la ida y otros cuatro a la vuelta. Venga, venga, se lo digo yo, la juventud de ahora ya no sabe pasárselo bien.

Estaban sentados en torno a una mesa redonda; tres jóvenes y él, el viejo. Refería sus humildes aventuras: bobadas valoradas a lo grande, cansancios que elogiaba como victorias. No introducía pausas en el relato y, con prisa por contarles todo antes de que se fueran, seleccionaba en su pasado lo que le parecía adecuado para interesar a los oyentes. Conseguir que lo escucharan era su único vicio: se negaba a ver la ironía de las miradas y la burlona brusquedad con que lo agobiaban. Lo miraban como a ese anciano en cuya época sabido es que todo iba bien, siendo así que creía ser el respetado antecesor cuya experiencia tiene un peso. Los jóvenes no saben que la experiencia es una derrota y que hay que perderlo todo para saber un poco. El anciano había sufrido, pero no lo contaba. Queda mejor lo de parecer feliz. Y, además, aunque en esto se equivocara, mayor error habría sido pretender, por el contrario, conmover con sus desdichas. ¿Qué les importan los sufrimientos de un viejo a quienes están tan repletos de vida? Hablaba y hablaba, se extraviaba con deleite por la grisura de su voz amortiguada. Pero aquello no podía prolongarse. Su agrado exigía un final y la atención de los oyentes iba a menos. Ni siquiera era ya gracioso; era viejo. Y a los jóvenes les gustan el billar y las cartas, que no tienen nada que ver con el estúpido trabajo cotidiano.

No tardó en quedarse solo, pese a sus esfuerzos y mentiras para que el relato resultase más atractivo. Los jóvenes se fueron, sin miramientos. Otra vez solo. Nadie lo escucha; eso es lo terrible cuando se es viejo. Lo condenaban al silencio y a la soledad. Le dejaban claro que pronto se moriría. Y un anciano que va a morirse es inútil, e incluso resulta molesto e insidioso. Que se vaya. O, por lo menos, que se calle: es lo menos que se le puede pedir. Y él sufre porque no puede callar sin acordarse de que es viejo. Se puso en pie no obstante y se fue, sonriendo a cuantos estaban en torno. Pero no encontró sino rostros indiferentes o entregados a un regocijo en el que no estaba autorizado a participar. Un hombre se reía: «Ésa será vieja, no

digo que no, pero a veces las mejores sopas se hacen en los pucheros más viejos». Otro, más serio: «Nosotros no tenemos dinero, pero comemos bien. Ya ves, mi nieto come más que su padre. ¡A su padre hay que darle una libra de pan, pero él necesita un kilo! Y venga de salchichón, y venga de camembert. Cuando parece que ya ha acabado, dice: “¡Hum! ¡Hum!”, y sigue comiendo». El viejo se alejó. Y con su paso lento, un paso corto de asno en plena tarea, fue por las largas aceras cargadas de hombres. Se encontraba mal y no quería volverse a casa. Solía agradarle volver a la mesa y a la lámpara de petróleo y a los platos en donde, automáticamente, hallaban su lugar los dedos. Aún le agradaban la cena silenciosa, la vieja sentada enfrente de él, los bocados masticados mucho rato, la mente vacía, la mirada fija y muerta. Aquella noche, volvería más tarde. La cena servida y fría, la vieja en la cama ya, sin preocupación pues estaba hecha a sus retrasos imprevistos. Decía: «Le ha entrado la luna», y ya estaba todo dicho.

Seguía andando con el manso empecinamiento de su paso. Estaba solo y era viejo. Al final de la vida, la vejez nos vuelve convertida en náuseas. Todo va a desembocar en que no nos escuchan. Camina, da la vuelta a una esquina, tropieza y está a punto de caerse. Vi cómo sucedía. Es ridículo, pero qué se le va a hacer. Pese a todo, prefiere la calle; la calle, antes que esas horas, en su casa, cuando la fiebre le tapa a la vieja y lo aísla en su cuarto. Entonces, a veces, la puerta se abre despacio y se queda entornada por un instante. Entra un hombre. Va vestido de claro. Se sienta frente al anciano y se queda callado durante muchos minutos. No se mueve, igual que no se movía, hace un momento, la puerta entornada. De vez en cuando, se pasa una mano por el pelo y suspira bajito. Cuando ha estado ya mucho rato mirando al anciano con esa mirada preñada de tristeza, se va en silencio. Deja en pos el ruido seco que se desprende del picaporte. Y ahí se queda el viejo, espantado, con su miedo ácido y doloroso en el vientre. Mientras que en la calle no está solo, por muy pocas personas con las que se cruce. Canta la fiebre. Se le acelera el paso corto: mañana todo va a cambiar, mañana. De pronto cae en la cuenta de que mañana será igual, y pasado mañana, y todos los demás días. Y ese irremediable descubrimiento lo anonada. Son los pensamientos así los que matan. Se mata uno porque no los puede soportar: o, cuando somos jóvenes, los convertimos en frases.

Viejo, loco, borracho, a saber. Su final será un final digno, sollozante, admirable. Morirá espléndidamente; quiero decir: sufriendo. Le servirá de consuelo. Y, además, ¿adónde va a ir? Es viejo para siempre. Los hombres construyen su vejez por venir. A esa vejez, a la que asedian tantas cosas irremediables, quieren darle una ociosidad que los deja inermes. Quieren llegar a capataces para retirarse a una casita con jardín. Pero, ya entrados en edad, saben perfectamente que es mentira. Necesitan a los demás hombres para protegerse. Y éste precisaba que lo escucharan para creer en su propia vida. Ahora las calles estaban más oscuras y con menos transeúntes. Todavía pasaban voces. En el extraño apaciguamiento de la llegada de la noche se tornaban más solemnes. Aún quedaban fulgores diurnos tras las colinas que rodeaban la ciudad. Una imponente humareda, llegada a saber de dónde, apareció tras las cimas boscosas. Lentamente se elevó y se desplegó, escalonada como un pino. El viejo cerró los ojos. Ante la vida que se llevaba el retumbar de la ciudad y la sandia sonrisa indiferente del cielo, está solo, sin recursos, desnudo, muerto ya.

¿Es menester describir la otra cara de esta moneda? No cabe duda de que en una habitación sucia y sombría, la vieja sirvió la mesa; que la cena estaba lista; se sentó, miró la hora, esperó un poco más y empezó a comer con apetito. Pensaba: «Le ha entrado la luna». Todo estaba dicho.

Eran cinco en casa: la abuela, el hijo segundo, la hija mayor y los dos hijos de ésta. El hijo era casi mudo; la hija padecía una dolencia y le costaba pensar; y, de sus dos hijos, uno trabajaba ya en una compañía de seguros, y el menor estudiaba todavía. A los setenta años, la abuela seguía mandando en todos. Colgado encima de su cama, podía verse un retrato suyo, con cinco años menos, muy tiesa, luciendo un vestido negro cuyo cuello cerraba un medallón, sin una arruga, con enormes ojos claros y fríos, en el que tenía ese porte de reina del que no abdicó sino con la edad y que, a veces, hacía por recobrar en la calle.

A esos ojos claros le debía el nieto un recuerdo que aún lo hacía ruborizarse. La anciana esperaba a que hubiera visitas para preguntarle, clavando en él una mirada severa: «¿A quién quieres más, a tu madre o a tu

abuela?». El juego tomaba más relevancia cuando estaba presente la hija. Pues, en todas las ocasiones, el niño contestaba: «A la abuela», guardando en el corazón un supremo arrebato amoroso por esa madre que siempre se quedaba callada. O también, cuando las visitas se asombraban de aquella preferencia, la madre decía: «Es que lo ha criado ella».

Lo que sucedía, además, es que la anciana pensaba que el amor es algo que se exige. Sacaba, de aquella conciencia suya de buena madre de familia, algo así como una rigidez y una intolerancia. Nunca engañó a su marido y le dio nueve hijos. Cuando murió, crió ella a los niños enérgicamente. Dejaron la casa de labor de los suburbios y fueron a dar a un barrio viejo y pobre, en el que vivían hacía mucho.

Y, desde luego, era una mujer que no carecía de virtudes. Pero, para sus nietos, que estaban en la edad de las opiniones tajantes, no era sino una comediante. Y sabían, por uno de sus tíos, una anécdota significativa. Iba éste un día a ver a su suegra y la divisó, ociosa, en la ventana. Pero lo recibió con un trapo en la mano y se disculpó por no hacer un alto en la tarea, pues las labores del hogar le dejaban muy poco tiempo libre. Y no queda más remedio que admitir que en todo era así. Tenía gran facilidad para desmayarse tras una discusión familiar. También padecía de penosos vómitos debidos a una enfermedad de hígado. Pero no ponía discreción alguna en el ejercicio de aquel padecimiento. En vez de intentar aislarse, vomitaba estruendosamente en el cubo de la basura de la cocina. Y, cuando regresaba entre los suyos, blanca y con los ojos cuajados de lágrimas debido al esfuerzo, si le rogaban que se fuera a acostar, sacaba a colación la comida que tenía por hacer y el papel que desempeñaba en el gobierno del hogar: «Aquí lo tengo que hacer yo todo». Y también: «¿Qué iba a ser de vosotros si yo faltase?».

Los nietos se acostumbraron a no tomar en cuenta aquellos vómitos, aquellos «ataques» como decía ella, ni las quejas de la abuela. Un día se metió en la cama y pidió que llamasen al médico. Lo hicieron para darle gusto. El primer día, el médico sólo habló de un simple malestar; el segundo, de un cáncer de hígado; y el tercero, de una grave ictericia. Pero el menor de los nietos se empecinó en no ver en todo aquello sino otra comedia más, un fingimiento más elaborado. No se preocupó. Aquella

mujer lo había oprimido demasiado para que sus perspectivas iniciales pudieran ser pesimistas. Y hay, además, algo así como un coraje desesperado en la lucidez y la repulsa a sentir cariño. Pero es cierto que, a fuerza de hacerse el enfermo, puede uno enfermar: la abuela llevó el fingimiento hasta la muerte. El último día, cuando la estaban atendiendo los suyos, mientras echaba fuera las fermentaciones intestinales le dijo, con sencillez, al nieto: «Ya ves, me tiro pedos como un cochinito». Murió una hora después.

El nieto se daba cuenta ahora de que no había entendido nada. No podía quitarse de la cabeza la idea de que, en su presencia, la anciana había interpretado su postrera y más monstruosa simulación. Y se preguntaba qué pena sentía, y no notaba ninguna. Hasta el día del entierro no lloró, movido por el generalizado estallido de lágrimas, pero lo hizo con el temor de no estar siendo sincero y de mentir ante la muerte. Era un día de invierno hermoso, traspasado de rayos de luz. En el azul del cielo se intuía el frío cuajado de lentejuelas amarillas. Desde el cementerio se dominaba la ciudad entera y podía verse caer el sol, espléndido y transparente, sobre la bahía estremecida de luz que parecía un labio húmedo.

¿Que todo esto no encaja? ¡Bonita verdad! Una mujer a la que abandonan para ir al cine, un anciano a quien nadie escucha ya, una muerte que no redime nada y, luego, del otro lado, toda la luz del mundo. ¿Qué más da, si lo damos todo por bueno? Se trata de tres destinos semejantes y, empero, diferentes. La muerte para todos, pero a cada cual su propia muerte. A fin de cuentas, pese a todo, el sol nos calienta los huesos.

Entre sí y no

Si es cierto que los únicos paraísos son los que hemos perdido, sé qué nombre darle a este algo tierno e inhumano que llevo hoy dentro. Un emigrante regresa a su patria. Y yo recuerdo. Ironía, rigidez, todo calla. Y heme aquí repatriado. No quiero andar rumiando la felicidad. Es mucho más sencillo y es mucho más fácil. Pues, de esas horas que saco fuera desde lo hondo del olvido, lo que más se ha conservado es el recuerdo intacto de una emoción en estado puro, de un instante suspendido en la eternidad. Sólo eso es verdadero en mí, y siempre me doy cuenta demasiado tarde. Nos inspira amor la caída de un ademán, la oportunidad de un árbol en el paisaje. Y para reproducir todo ese amor, no contamos sino con un detalle, pero que es suficiente: un olor a cuarto cerrado durante demasiado tiempo, el sonido singular de un paso en la carretera. Tal es mi caso. Y, si en ese momento me entregaba al amor, por fin era realmente yo, pues sólo el amor nos devuelve a nuestro ser.

Despaciosas, apacibles y serias, vuelven esas horas, igual de fuertes, igual de emocionantes, porque atardece y la hora es triste y hay un a modo de deseo inconcreto en el cielo sin luz. Todos y cada uno de los gestos recobrados me revelan ante mí mismo. Alguien me dijo un día: «Es tan difícil vivir». Y me acuerdo de con qué entonación. Otra vez, alguien susurró: «Y la peor equivocación, desde luego, es hacer sufrir». Cuando todo ha terminado, la sed de vivir se apaga. ¿Es eso acaso lo que llaman felicidad? Al ir orillando esos recuerdos, le ponemos a todo el mismo atuendo discreto y vemos la muerte igual que un telón de fondo de colores desteñidos. Nos volvemos hacia nuestra persona. Sentimos nuestra aflicción y por eso amamos mejor. Sí, quizá la felicidad sea eso, el apiadado sentimiento de nuestra desdicha.

Así sucede en este atardecer. En este café moro, en la punta de la ciudad árabe, recuerdo no una felicidad pasada, sino un raro sentimiento. Ya es de noche. Hay en las paredes leones amarillo canario que persiguen a jeques vestidos de verde entre palmeras de cinco ramas. En un rincón del café, una lámpara de acetileno da una luz inconstante. La iluminación viene en realidad del fuego que arde en lo hondo de un horno pequeño decorado con esmaltes verdes y amarillos. Las llamas iluminan el centro de la habitación y me noto el reflejo en el rostro. Estoy de cara a la puerta y a la bahía. Sentado a lo moro en un rincón, el dueño del café parece estar mirando mi vaso ya vacío, con una hoja de menta en el fondo. Nadie en el local; los ruidos de la ciudad en un nivel inferior; más allá, las luces de la bahía. Oigo al árabe respirar ruidosamente y le brillan los ojos en la penumbra. ¿Es el ruido del mar lo que se oye a lo lejos? El mundo me envía su suspiro con un ritmo largo y me trae la indiferencia y la tranquilidad de lo que no muere. Intensos reflejos rojos hacen que ondulen en las paredes los leones. El aire refresca. Una sirena en el mar. Empiezan a girar los faros; una luz verde, una roja, una blanca. Y sigue ese hondo suspiro del mundo. Algo así como un canto secreto nace de esa indiferencia. Y heme aquí repatriado. Me acuerdo de un niño que vivió en un barrio pobre. ¡Aquel barrio, aquella casa! Sólo tenía un piso, y no había luz en las escaleras. Incluso ahora, transcurridos ya tantos años, podría el niño regresar a esa casa en plena noche. Sabe que subiría por las escaleras a toda velocidad sin tropezar ni una vez. Tiene impregnado de esa casa incluso el cuerpo. Y conserva en las piernas la medida exacta de la altura de los peldaños. Y en la mano el horror instintivo, nunca superado, de la barandilla de la escalera. Y era por las cucarachas.

En los atardeceres de verano, los obreros *se asoman al balcón*. En su casa sólo había una ventanita muy pequeña. Así que bajaban sillas delante de la casa y saboreaban la caída de la tarde. Había la calle y la heladería de al lado, los cafés de enfrente, y los ruidos de niños corriendo de puerta en puerta. Pero, sobre todo, entre los altos ficus, estaba el cielo. Hay una soledad en la pobreza, pero una soledad que le devuelve su precio a cada cosa. Con cierto nivel de riqueza, el propio cielo y la noche cuajada de estrellas parecen bienes naturales. Pero en la parte de abajo de la escala, el

cielo recupera pleno sentido: una gracia inestimable. ¡Noches de verano, misterios en los que crepitaban estrellas! Detrás del niño había un pasillo apestoso; y se hundía un poco en su sillita desfondada. Pero, alzando la vista, bebía directamente de la noche pura. A veces pasaba un tranvía, ancho y veloz. Y un borracho canturreaba en la esquina de una calle sin conseguir turbar el silencio.

También la madre del niño se quedaba callada. Había veces en que le hacían una pregunta: «¿En qué piensas?». «En nada», contestaba. Qué cierto es. Todo está ahí, así que nada. Su vida, sus intereses, sus hijos se limitan a estar ahí con una presencia demasiado natural para notarla. Padecía una dolencia y le costaba pensar. Tenía una madre dura y dominante que lo sacrificaba todo a un amor propio de animal susceptible y había dominado durante mucho tiempo la mente débil de la hija, a quien emancipó el matrimonio. Pero regresó dócilmente tras la muerte del marido. Murió éste en el campo del honor, como suele decirse. En lugar preferente pueden verse, en un marco dorado, la cruz de guerra y la medalla militar. El hospital le mandó además a la viuda un trocito de metralla hallado entre la carne. La viuda lo conserva. Hace mucho que se le pasó la pena. Ha olvidado a su marido, pero habla aún del padre de sus hijos. Para criarlos, trabaja y le da el dinero a su madre. Ésta educa a los niños a latigazos. Cuando les pega demasiado fuerte, su hija le dice: «No les des en la cabeza». Porque son sus hijos y los quiere. Los quiere con un amor constante que nunca les dio a conocer. A veces, como en esas noches que el niño recordaba, tras regresar de un trabajo agotador (es asistenta), se encuentra con la casa vacía. La vieja ha ido a unos recados y los niños todavía están en el colegio. Entonces se apelmaza en una silla y, con la mirada perdida, se sume en la persecución extraviada de una ranura de la tarima. A su alrededor se adensa la oscuridad en la que ese mutismo es de un desconsuelo irremediable. Si el niño vuelve en ese momento, vislumbra la flaca silueta de hombros huesudos y se queda parado: tiene miedo. Empieza a darse cuenta de muchas cosas. Apenas si se ha percatado de la propia existencia. Pero le cuesta llorar ante ese silencio animal. Su madre le da lástima. ¿Será eso quererla? Nunca le hizo una caricia; no sabría. Se queda entonces mirándola durante largos minutos. Sintiéndose extranjero.

Toma conciencia de su pena. Ella no lo oye, porque es sorda. Dentro de un rato volverá la vieja, renacerá la vida; la luz redonda de la lámpara de petróleo, el hule, los gritos, las palabras groseras. Pero ahora este silencio marca un alto, un instante desmesurado. Como el niño lo nota oscuramente, cree que, en ese impulso que se adueña de él, siente amor por su madre. Y es menester que así sea porque, en última instancia, es su madre.

Ella no piensa en nada. Fuera, la luz, los ruidos; aquí, el silencio en la oscuridad. El niño crecerá, aprenderá. Lo crían y le pedirán agradecimiento, como si le evitasen el dolor. Esos silencios serán constantes en su madre. Él crecerá en dolor. Ser un hombre, eso es lo que cuenta. La abuela se morirá, luego la madre, y él.

La madre se sobresalta. Se ha asustado. Vaya bobada quedarse mirándola así. Más vale que vaya a hacer los deberes. El niño hace los deberes. Está hoy en un café sórdido. Ahora es un hombre. ¿No es eso lo que cuenta? Habrá que creer que no, ya que hacer los deberes y aceptar que hay que llegar a hombre sólo conduce a hacerse viejo.

El árabe del rincón sigue sentado a lo moro y se coge los pies con las manos. De las terrazas sube un aroma a café tostado junto con animadas charlas de voces jóvenes. Un remolcador vuelve a soltar su nota grave y tierna. El mundo concluye aquí como cada día y de todas sus desmedidas tribulaciones nada queda ya sino esta promesa de paz. *¡La indiferencia de esa madre rara!* Sólo esa inmensa soledad del mundo me da su medida. Una noche, llamaron a su hijo —ya adulto— para que fuera a ver a la madre. Le había dado, por un susto, una grave conmoción cerebral. Solía asomarse al balcón al final del día. Cogía una silla, y apoyaba los labios en el hierro frío y salado del balcón. Y, en esa postura, miraba pasar a la gente. A su espalda, la oscuridad se iba aglomerando despacio. Enfrente, los comercios se encendían de golpe. Los transeúntes y las luces eran una crecida de la calle. La madre se ensimismaba en una contemplación sin propósito. La noche a la que nos referimos, un hombre apareció tras ella, la arrastró, la maltrató y salió huyendo al oír ruido. Ella no vio nada y se desmayó. Cuando llegó su hijo, estaba acostada. Decidió él, por consejo del médico, pasar la noche con ella. Se tendió en la cama, a su lado, sin taparse. Era verano. El miedo del reciente drama aún andaba rondando por el cuarto

recalentado. Había rumor de pasos y chirridos de puertas. En el aire agobiante flotaba el olor al vinagre con el que habían refrescado a la enferma. Ésta rebullía, se quejaba, a veces se sobresaltaba de repente. Sacaba entonces al hijo de breves amodorramientos de los que salía empapado de sudor, alarmado ya, y en los que volvía a caer pesadamente tras una ojeada al reloj en el que danzaba, repetida por tres veces, la llama de la lamparilla. Hasta más adelante no notó lo solos que habían estado aquella noche. Solos contra todos. Los «demás» dormían a esa hora en que ambos olían a fiebre. En aquella casa vieja, todo parecía hueco en esos momentos. Los tranvías de la medianoche drenaban, al alejarse, toda la esperanza que pueda venirnos de los hombres, todas las certidumbres que nos aporta el ruido de las ciudades. La casa retumbaba un rato cuando pasaban, y todo se extinguía gradualmente. Sólo quedaba ya un ancho jardín de silencio en el que a ratos crecían los quejidos atemorizados de la enferma. El hijo nunca se había sentido tan fuera de su ámbito. El mundo se había licuado y, con él, la ilusión de que la vida vuelve a empezar a diario. Ya no existía nada, ni estudios, ni ambiciones, ni preferencias en el restaurante o colores favoritos. Sólo la enfermedad y la muerte en las que se sentía sumido… Y, no obstante, a esa misma hora en que el mundo se venía abajo, él estaba vivo. E incluso acabó por dormirse. Aunque no sin llevarse consigo la imagen desesperante y tierna de una soledad compartida entre dos. Más adelante, mucho más adelante, se acordó de aquel olor a sudor y vinagre mezclados, de aquel momento en que notó los vínculos que lo unían a su madre. Como si ella fuera la inmensa lástima de su corazón que se ensanchaba a su alrededor, que se tornaba corporal e interpretaba con esmero y sin temor a la impostura el papel de una anciana pobre de enternecedor destino.

Ahora el fuego se cubre de ceniza en el hogar. Y prosigue el mismo suspiro de la tierra. Suenan las notas desgranadas de una *darbuka*. Una voz risueña de mujer va pegada a ellas. Avanzan unas luces por la bahía; las barcas de pesca sin duda, que regresan a la dársena. El triángulo de cielo que veo desde el lugar en que estoy ha perdido las nubes diurnas. Abarrotado de estrellas, se estremece bajo un hálito puro y las alas amortiguadas de la noche laten despacio a mi alrededor. ¿Hasta dónde

llegará esta noche en la que ya no me pertenezco? Hay una virtud peligrosa en la palabra sencillez. Y esta noche entiendo que haya quien quiera morir porque, ante determinada transparencia de la vida, nada tiene ya importancia. Un hombre sufre y padece desdichas tras desdichas. Las soporta, se hace a su destino. Se gana la estima de los demás. Y, luego, una noche, nada: se encuentra con un amigo al que quiso mucho. Y éste le habla distraídamente. Al volver a su casa, el hombre se mata. Se habla luego de penas íntimas y de un drama oculto. No. Y si a la fuerza tiene que haber un motivo, se mató porque un amigo le habló distraídamente. Así es como, cada vez que me ha parecido que experimentaba el sentido del mundo en profundidad, fue siempre su sencillez la que me trastornó. Mi madre, aquella noche, y su extraña indiferencia. En otra ocasión, vivía yo en una casa de campo en el extrarradio, solo con un perro, una pareja de gatos y sus crías, todas de color negro. La gata no podía alimentarlas. Uno a uno, se iban muriendo todos los gatitos. Ensuciaban el cuarto en que vivían. Y cada noche, cuando volvía a casa, me encontraba a uno todo tieso y con el hocico encogido. Una noche me encontré al último, al que la madre se había comido a medias. Ya hedía. El olor de la muerte se mezclaba con el olor de la orina. Me senté entonces entre toda aquella miseria y, con las manos en la suciedad, respirando aquel olor a podrido, me quedé mucho rato mirando la llama demente que relucía en los ojos verdes de la gata inmóvil en un rincón. Sí. Esta noche es igual. Al llegar a cierto grado de privación, ya nada conduce a nada, no parecen tener base ni la esperanza ni la desesperanza, y la vida entera se resume en una imagen. Pero ¿por qué quedarse en eso? Sencillo, todo es sencillo; en las luces de los faros, una verde, una roja, una blanca; en el frescor de la noche y en los olores de ciudad y de sórdida pobreza que me llegan. Si esta noche lo que regresa hacia mí es la imagen de cierta infancia, ¿cómo no dar acogida a la lección de amor y pobreza que puedo sacar de ella? Ya que esta hora es como un intervalo entre sí y no, dejo para otras horas la esperanza o el asco de vivir. Sí, recoger sólo la transparencia y la sencillez de los paraísos perdidos: en una imagen. Y fue así como, no hace mucho, en una casa de un barrio viejo, un hijo fue a ver a su madre. Están sentados, frente por frente, en silencio. Pero se encuentran sus miradas.

—¿Qué hay, mamá?

—Pues ya ves.

—¿Te aburres? ¡No es que hable mucho!

—Pero si tú nunca has hablado mucho.

Y una hermosa sonrisa sin labios se le disuelve en la cara. Es verdad, el hijo nunca le habló. ¿Pero, en realidad, qué necesidad hay de hablar? Al callarse, la situación está más clara. Es su hijo; y es su madre. Y ella puede decirle: «Sabes».

Está sentada al pie del sofá, con los pies juntos y las manos juntas en las rodillas. Él, en su silla, casi no la mira y fuma sin parar. Una pausa.

—No deberías fumar tanto.

—Es verdad.

Todo el olor del barrio vuelve a subir por la ventana. El acordeón del café de al lado, la circulación más rápida al caer la tarde, el olor de los pinchos de carne asada que se comen metidos en panecillos esponjosos, un niño que llora en la calle. La madre se levanta y coge una labor de punto. Tiene los dedos entumecidos y se los ha deformado la artritis. No teje deprisa, coge tres veces el mismo punto o deshace toda una hilera con sordo chisporroteo.

—Me estoy haciendo un jerseicito. Me lo pondré con un cuello blanco. Con esto y con el abrigo negro estoy vestida para toda la temporada.

Se levanta para encender la luz.

—Ya anochece temprano.

Era cierto. Ya no era verano y aún no era otoño. En el cielo suave, aún chillaban los vencejos.

—¿Volverás pronto?

—Pero si todavía no me he ido. ¿Por qué dices eso?

—No, si era por decir algo.

Pasa un tranvía. Un coche.

—¿Es verdad que me parezco a mi padre?

—Eres igualito. Es verdad, no lo llegaste a conocer. Tenías seis meses cuando se murió. ¡Pero si llevases un bigotito!

Él había mencionado a su padre sin convicción alguna. Ningún recuerdo, ninguna emoción. Un hombre como tantos otros, lo más seguro.

Por lo demás, se fue al frente muy entusiasmado. En el Marne le abrieron la cabeza. Estuvo una semana ciego y agonizando; figura su nombre en el monumento a los muertos de su municipio.

—En el fondo —dice la madre—, más vale así. Habría vuelto o ciego o loco. Así que el pobre…

—Es verdad.

¿Y qué es lo que lo hace quedarse en esta habitación, a no ser la certidumbre de que siempre vale más así, la sensación de que toda la *absurda* sencillez del mundo ha buscado refugio en esta habitación?

—Volverás —dice la madre—. Ya sé que tienes mucho que hacer… Pero, de vez en cuando…

Y ahora, ¿en dónde estoy? Y cómo separar este café vacío de aquella habitación del pasado. Ya no sé si vivo o si me acuerdo. Ahí están las luces de los faros. Y el árabe que tengo delante y me dice que va a cerrar. Tengo que irme. No quiero volver a bajar esa cuesta tan peligrosa. Cierto es que le echo una última mirada a la bahía y sus luces, que lo que sube entonces a mi encuentro no es la esperanza de días mejores, sino una indiferencia primitiva por todo y por mí mismo. Pero hay que quebrar esa curva demasiado laxa y demasiado fácil. Y preciso de mi lucidez. Sí, todo es sencillo. Son los hombres los que complican las cosas. Que no nos vengan con historias. Que no nos digan del condenado a muerte: «Va a pagar la deuda que tiene con la sociedad», sino: «Le van a cortar el pescuezo». Parece una tontería. Pero hay una leve diferencia. Y, además, hay personas que prefieren mirar a su destino a los ojos.

Con el alma transida

Llegué a Praga a las seis de la tarde. Dejé enseguida el equipaje en consigna. Contaba aún con dos horas para buscar un hotel. Y notaba que me henchía una curiosa sensación de libertad porque no me pesaban ya las dos maletas en los brazos. Salí de la estación; anduve, bordeando unos jardines; y me encontré de repente en plena avenida Wenceslas, en donde bullía la afluencia a aquella hora. A mi alrededor, un millón de seres que hasta entonces habían vivido sin que nada de su existencia se me hubiera traslucido. Vivían. Yo estaba a miles de kilómetros del país que me era familiar. No entendía la lengua en que hablaban. Todos caminaban deprisa. Al adelantarme, todos se desprendían de mí. Perdí pie.

Tenía algo de dinero. Lo suficiente para vivir seis días. Pero, al cabo de ese tiempo, iban a venir a reunirse conmigo. No obstante, enseguida me entró la preocupación al respecto. Empecé, pues, a buscar un hotel modesto. Estaba en la ciudad nueva y todos los que aparecían rebosaban de luces, de risas y de mujeres. Apreté el paso. Hasta cierto punto aquella carrera precipitada se parecía ya a una huida. No obstante, alrededor de las ocho, llegué a la ciudad vieja. Allí, me atrajo un hotel de apariencia modesta, con un vestíbulo pequeño. Entro. Relleno la ficha, cojo la llave. Me han dado la habitación 34, en el tercer piso. Abro la puerta y me encuentro en una habitación muy lujosa. Miro la lista de precios: cuesta el doble de lo que había calculado. La cuestión monetaria se torna espinosa. No puedo ya vivir en esta gran ciudad sino pobremente. La preocupación, inconcreta hace un rato, se vuelve más específica. No me encuentro a gusto. Me noto hueco y vacío. Un momento de lucidez, pese a todo: siempre me han atribuido, con o sin razón, la mayor de las indiferencias en lo referido a cuestiones de dinero. ¿A santo de qué esta estúpida aprensión? Pero se me ha puesto en

marcha la cabeza. Hay que comer, que dar otra caminata y buscar un restaurante modesto. No debo gastarme más de diez coronas en cada comida. De todos los restaurantes que veo, el más barato es también el menos acogedor. Paso por delante y vuelvo a pasar. Dentro, acaban por fijarse en mis manejos: hay que entrar. Es un sótano bastante oscuro, con pinturas al fresco pretenciosas. El público resulta bastante variopinto. En una esquina, unas cuantas chicas ligeras hablan y fuman, muy serias. Hay hombres comiendo, la mayoría sin edad y sin color. El camarero, un coloso de esmoquin pringoso, me sale al encuentro con una cara grandísima e inexpresiva. Deprisa y al azar señalo un plato en la carta, que me resulta incomprensible. Pero, al parecer, la cosa requiere explicación. Y el camarero me hace preguntas en checo. Contesto con el poco alemán que sé. No tiene ni idea de alemán. Me irrito. Él llama a una de las chicas, que se acerca con una actitud clásica: la mano izquierda en la cadera, el cigarrillo en la derecha y la sonrisa húmeda. Se sienta a mi mesa y me pregunta en un alemán que me parece tan malo como el mío. Todo se aclara. El camarero quería cantarme las excelencias del plato del día. Sigo el juego amablemente y acepto el plato del día. La chica me habla, pero ya no la entiendo. Por supuesto, le digo que sí a todo con mi tono más impuesto. Pero no estoy en donde estoy. Todo me irrita, titubeo, no tengo hambre. Y sigo notando ese pinchazo doloroso, y el vientre encogido. La invito a una cerveza porque sé comportarme. Llega el plato del día; como; una mezcla de sémola y carne, repulsiva por la cantidad inverosímil de comino que lleva. Pero estoy pensando en otra cosa; o más bien en nada, mientras miro fijamente la boca carnosa y risueña de la mujer que tengo sentada enfrente. ¿Pensará que le estoy proponiendo algo? Ya está junto a mí, se pone insinuante. Hago un ademán mecánico que la frena. (Era fea. He pensado muchas veces que, si hubiera sido guapa, yo me habría ahorrado todo lo que pasó después). Me asustaba ponerme enfermo, en medio de toda aquella gente dispuesta a burlarse. Y más aún estar solo en la habitación del hotel, sin dinero y sin pasión, reducido a mis propios recursos y mis deplorables pensamientos. Aún ahora me estoy preguntando, con apuro, cómo aquel ser demudado y cobarde que era yo a la sazón pudo nacer de mí. Me fui. Caminé por la ciudad vieja, pero incapaz de quedarme más tiempo cara a

cara conmigo mismo, me fui apresuradamente al hotel, en donde me acosté y esperé el sueño, que llegó casi enseguida.

Cualquier país en que no me aburra es un país en que no aprendo nada. Con frases así intentaba subirme los ánimos. ¿Describiré los días siguientes? Volví al restaurante aquel. Por la mañana y por la noche padecí los espantosos guisos con comino que me revolvían el estómago. Y, así, paseaba todo el día unas perpetuas ganas de vomitar. Pero no cedía a ellas, pues sabía que es necesario alimentarse. Por lo demás, ¿qué importancia tenían comparadas con el insoportable precio que habría habido que pagar para dar con otro restaurante? En éste, por lo menos me «reconocían». Me sonreían, aunque no me hablasen. La angustia iba, por otra parte, ganando terreno. Pensaba demasiado en aquel pinchazo agudo que notaba en la cabeza. Decidí organizarme los días, sembrarlos de puntos de apoyo. Me levantaba lo más tarde que podía, y así menos horas le quedaban al día. Me aseaba y exploraba metódicamente la ciudad. Me perdía en las suntuosas iglesias barrocas, intentando hallar una patria; pero salía de ellas más vacío y más desesperado de aquellas decepcionantes entrevistas a solas conmigo mismo. Vagaba siguiendo el curso del Vlatava, que interrumpían espumeantes diques. Pasaba horas desmedidas en el gigantesco barrio de Hradschin, desierto y silencioso. A la sombra de su catedral, a la hora en que bajaba el sol, mis pasos solitarios hacían retumbar las calles. Y, al darme cuenta, el pánico volvía a apoderarse de mí. Cenaba temprano y me acostaba a las ocho y media. El sol me sacaba de mí mismo. Iglesias, palacios y museos; intentaba mitigar mi angustia con todas las obras de arte. Un truco clásico: quería transformar la rebeldía en melancolía. Pero en vano: en cuanto salía de allí volvía a ser un extranjero. Una vez, sin embargo, en un claustro barroco, en una de las puntas de la ciudad, la dulzura de la hora, las campanas que tañían despacio, unos racimos de palomas que brotaban de la antigua torre, y también algo así como un aroma a hierbas y a anonadamiento hizo nacer en mí un silencio tan colmado de lágrimas que me puso al filo del alivio. Y, al volver, por la noche, escribí de un tirón lo que sigue y reproduzco fielmente porque vuelvo a sentir, en su propio énfasis, la complejidad de lo que notaba entonces: «¿Y qué otro provecho puedo querer sacar del viaje? Heme aquí

sin aderezos. Ciudad cuyos carteles no sé leer, caracteres extraños en los que no se engarza nada familiar, sin amigos a quienes hablar, sin distracciones en fin. De esta habitación hasta la que llegan los ruidos de una ciudad extranjera, sé bien que no hay nada que pueda sacarme para conducirme hacia la luz más delicada de un hogar o de un sitio querido. ¿Llamaré, gritaré? Acudirán caras extranjeras. Iglesias, oro e incienso, todo me arroja a una vida cotidiana en que mi angustia le da a todo el precio justo. Y hete aquí que el telón de los hábitos, la trama confortable de los ademanes y las palabras, en la que se adormece el corazón, se levanta despacio y acaba por desvelar el rostro lívido de la inquietud. El hombre está frente a frente consigo mismo: lo desafío a que sea feliz… Y, no obstante, ésa es la iluminación que le aporta el viaje. Surge un hondo desacuerdo entre él y las cosas. En ese corazón menos resistente entra con mayor facilidad la música del mundo. En esa tremenda indigencia, en fin, el mínimo árbol aislado se convierte en la más tierna y más frágil de las imágenes. Obras de arte y sonrisas de mujeres, razas de hombres plantadas en su tierra y monumentos en los que se resumen los siglos: el viaje compone un emocionante y sensible paisaje. Y, luego, al cabo del día, esta habitación de hotel en donde algo vuelve a ahondarse en mí como un hambre del alma». ¿Pero es acaso preciso que admita que todo eso no eran sino cuentos para irme a dormir? Y ahora ya puedo decirlo, lo que de Praga me queda es ese olor de pepinillos en vinagre que venden en todas las esquinas para comérselos a pie firme, y cuyo aroma agrio y picante me despertaba la angustia y le daba mayor envergadura en cuanto cruzaba el umbral de mi hotel. Ese olor y quizá también una tonada de acordeón concreta. Bajo mis ventanas, un hombre ciego y manco, sentado encima del instrumento, lo sujetaba con una nalga y lo tocaba con la mano útil. Era siempre esa misma melodía pueril y tierna la que me despertaba por la mañana para situarme de golpe en aquella realidad sin decorado alguno con la que me daba de trompicones.

Me acuerdo aún de que, a orillas del Vlatava, me paraba de repente y, preso de aquel olor o de aquella música, proyectado hasta mi límite más distante, me decía en voz baja: «¿Qué quiere decir? ¿Qué quiere decir?». Pero, seguramente, no había aún alcanzado los confines. El cuarto día, por

la mañana, a eso de las diez, me estaba preparando para salir. Quería ver un cementerio judío que no había podido localizar la víspera. Llamaron a la puerta de una habitación vecina. Tras un momento de silencio, volvieron a llamar. Mucho rato, esta vez, pero aparentemente en vano. Unos pasos recios bajaron los peldaños. Sin fijarme en nada de eso, con la mente en blanco, perdí un rato en leer el folleto de una crema de afeitar que, por cierto, llevaba un mes usando. El día estaba pesado. Del cielo nublado caía una luz cobriza hacia las flechas y las cúpulas de la antigua Praga. Los vendedores de periódicos voceaban, como todas las mañanas, el *Narodni Politika*. Aparté penosamente el embotamiento que se estaba apoderando de mí. Pero cuando salía me crucé con el mozo de la planta que blandía unas llaves. Me detuve. Volvió a llamar mucho rato. Intentó abrir, pero sin resultado. Debía de estar echado el pestillo. Más golpes. La habitación sonaba a hueco y de forma tan lúgubre que, angustiado, me fui sin querer preguntar nada. Pero un doloroso presentimiento me persiguió por las calles de Praga. ¿Cómo se me iba a olvidar aquella cara de pánfilo del mozo de planta, aquellos zapatos de charol retorcidos de una forma tan rara y el botón que le faltaba en la chaqueta? Almorcé, por fin, pero con un asco que iba a mayores. A eso de las dos volví al hotel.

En el vestíbulo, cuchicheaba el personal. Subí deprisa para llegar antes y ver lo que ya me esperaba. Sí, eso era. La puerta de la habitación estaba entornada, de forma tal que sólo se veía una ancha pared pintada de azul. Pero la luz sorda que mencioné antes proyectaba en esa pantalla la sombra de un muerto tendido en la cama y de un policía que montaba guardia junto al cuerpo. Las dos sombras se cortaban en ángulo recto. Aquella luz me trastornó. Era auténtica, una luz de vida verdadera, de una tarde de vida, una luz que nos hace notar que estamos vivos. Él se había muerto. Solo en su habitación. Yo sabía que no era un suicidio. Me metí a toda prisa en mi cuarto y me dejé caer en la cama. Un hombre como tantos otros, bajo y grueso si me fiaba de la sombra. Seguramente llevaba mucho tiempo muerto. Y la vida había seguido en el hotel hasta que al mozo se le ocurrió llamar. Llegó a aquel lugar sin sospechar nada y se murió solo. Yo, mientras tanto, leía el folleto de la crema de afeitar. Me pasé toda la tarde en un estado que me costaría mucho describir. Tumbado, con la cabeza en blanco

y el corazón extrañamente oprimido. Me corté las uñas. Conté despacio las rendijas del entarimado. «Si puedo contar hasta mil…». Al llegar a cincuenta, o a sesenta, era un caos y no podía seguir. No oía nada de los ruidos de fuera. Una vez, sin embargo, en el pasillo, hubo una voz ahogada, una voz de mujer que decía en alemán: «Con lo bueno que era». Entonces me acordé desesperadamente de mi ciudad, a orillas del Mediterráneo; de las tardes de verano que tanto me gustan, tan suaves con su luz verde y llenas de mujeres jóvenes y hermosas. Llevaba días sin decir una palabra y el corazón me estallaba de gritos y de rebeldías contenidas. Habría llorado como un niño si alguien me hubiera abierto los brazos. Al final de la tarde, quebrantado de cansancio, clavaba desesperadamente los ojos en el picaporte de la puerta, con la cabeza en blanco y dándole vueltas y más vueltas a una melodía popular de acordeón. En aquel momento, no podía ir más allá. No había ya ni país, ni ciudad, ni habitación, ni nombre, locura o conquista, humillación o inspiración; ¿me enteraría o me consumiría? Llamaron a la puerta y entraron mis amigos. Estaba salvado, pese a que me sentía frustrado. Creo que dije: «Me alegro de volveros a ver». Pero estoy seguro de que en eso se quedó mi confesión y de que seguí siendo para ellos el hombre del que se habían separado antes del viaje.

Me fui de Praga poco después. Y, desde luego, me interesó cuanto vi a partir de aquel momento. Podría dejar constancia de tal hora en el exiguo cementerio gótico de Bautzen, del refulgente color rojo de sus geranios y de la mañana azul. Podría hablar de las largas llanuras de Silesia, despiadadas e ingratas. Las crucé con las claras del alba. Una lenta bandada de aves cruzaba, en la luz neblinosa y tupida, por encima de las tierras viscosas. Me gustó también Moravia, tierna y seria, sus puras lejanías, sus caminos flanqueados de ciruelos de agrios frutos. Pero seguía llevando, en lo hondo, el aturdimiento de los que han estado mucho rato mirando una grieta sin fondo. Llegué a Viena, me fui al cabo de una semana, y seguía prisionero de mí mismo.

No obstante, en el tren que me llevaba de Viena a Venecia, esperaba algo. Era como un convaleciente al que hubieran alimentado con caldos y

está pensando en cómo será la primera corteza de pan que se coma. Iba naciendo una luz. Ahora lo sé: estaba maduro para la felicidad. Sólo hablaré de los seis días que viví en una colina cerca de Vicenza. Todavía estoy en ella o, más bien, a veces me veo en ella, y con frecuencia todo me vuelve entre un aroma de romero.

Entro en Italia. Tierra hecha a mi alma; voy reconociendo una a una las señales de que se acerca. Son las primeras casas con tejas como escamas, las primeras parras pegadas a una pared que ha teñido de azul el sulfatado. Es la primera ropa tendida en los patios, el desorden de las cosas, el desaliño de los hombres. Y el primer ciprés (tan flaco y, no obstante, tan recto), el primer olivo, la higuera polvorienta. Las plazas llenas de sombras de las ciudades italianas pequeñas, las horas de mediodía en que las palomas buscan un resguardo, la lentitud y la pereza; en todo mella el alma sus rebeldías. La pasión se acerca por etapas a las lágrimas. Y, al fin, aquí está Vicenza. Aquí los días giran sobre sí mismos desde el despertar del día, preñado de la voz de las gallinas, hasta ese atardecer sin igual, dulzón y tierno, sedoso detrás de los cipreses y cuya cadencia marca largamente el canto de las cigarras. Este silencio interior que me acompaña nace del prolongado transcurso que conduce el día a ese otro día. ¿Qué puedo desear además de esta habitación que da a la llanura, con sus muebles antiguos y sus labores de ganchillo? Tengo todo el cielo sobre el rostro, y ese girar de los días me parece que podría seguirlo sin cesar, inmóvil, girando con ellos. Me rezuma la única felicidad de la que soy capaz: una conciencia atenta y amistosa. Me paso el día paseando: desde la colina bajo a Vicenza o me interno más en el campo. Todos los seres con los que me encuentro, todos los olores de esta calle, todo me da pretexto para amarlo desmedidamente. Mujeres jóvenes que vigilan un campamento de vacaciones, la corneta de los vendedores de helados (llevan un carrito que es una góndola subida en unas ruedas y con brazos), los puestos de fruta, sandías rojas con pepitas negras, uvas traslúcidas y pegajosas, otros tantos puntos de apoyo para quien no sabe ya estar solo[1]. Pero la flauta agria y tierna de las cigarras, el perfume de agua y estrellas que hay en las noches de septiembre, los caminos aromáticos entre los lentiscos y los juncos: otros tantos signos de amor para aquel a quien no le queda más remedio que estar solo[2]. Así

pasan los días. Tras el deslumbramiento de las horas colmadas de sol, llega la tarde, llega el esplendoroso decorado que le organizan el oro de la puesta de sol y el negro de los cipreses. Camino entonces por la carretera, hacia las cigarras, que se oyen desde tan lejos. Según voy andando, atenúan el canto una a una y, luego, callan. Avanzo despacio, agobiado por una belleza tan ardiente. Una a una, detrás de mí, las cigarras amplían la voz y cantan: un misterio en este cielo desde el que bajan la indiferencia y la belleza. Y, con las últimas luces, leo en el frontispicio de una quinta: «In magnificentia naturæ, resurgit spiritus». Aquí es donde hay que detenerse. La primera estrella ya; luego, tres estrellas en la colina de enfrente; cae la noche de repente sin que nada la haya anunciado; un susurro y una brisa en los matorrales, detrás de mí; el día se ha escabullido, dejándome su dulzura.

Por supuesto que no había cambiado. Sólo que ya no estaba solo. En Praga me asfixiaba entre paredes. Aquí estaba ante el mundo y, proyectado en cuanto me rodeaba, poblaba el universo con formas semejantes a mí. Pues aún no he hablado del sol. De la misma forma que tardé mucho en darme cuenta de mi apego y mi cariño por el mundo de pobreza en que transcurrió mi infancia, no había vislumbrado hasta ahora la lección del sol y de las comarcas que me vieron nacer. Un poco antes de las doce del mediodía, salía y me encaminaba a un punto que conocía y desde el que se dominaba la gigantesca llanura de Vicenza. El sol estaba casi en su cenit; el cielo era de un azul intenso y oreado. Toda la luz que de él bajaba rodaba cuesta abajo por las laderas de las colinas, vestía los cipreses y los olivos, las casas blancas y los tejados rojos con el más cálido de los trajes y, luego, iba a perderse por la llanura que humeaba al sol. Y seguía siendo la misma indigencia. En mí estaba la sombra horizontal del hombrecito grueso y bajo. Y en esas llanuras que giraban al sol como un torbellino, y en el polvo, y en esas colinas rapadas y cubiertas de las costras de las hierbas quemadas, lo que tocaba con el dedo era una forma desnuda y sin alicientes de aquel sabor a anonadamiento que llevaba en mí. Aquella comarca me devolvía al centro de mí mismo y me enfrentaba con mi angustia secreta. Pero era y no era la angustia de Praga. ¿Cómo explicarlo? Cierto es que ante esa llanura italiana, poblada de árboles, de sol y de sonrisas, capté mejor que en otros lugares el olor a muerte e inhumanidad que llevaba un mes persiguiéndome.

Sí, esa plenitud sin lágrimas, esa paz sin alegría que me llenaba, todo eso no estaba constituido sino de una conciencia muy clara de lo que no volvía a mí: de renuncia y desinterés. De la misma forma que a quien va a morir y lo sabe no le interesa el destino de su mujer, a no ser en las novelas. Cumple con la vocación del hombre, que es ser egoísta, es decir, estar desesperado. No había para mí promesa alguna de inmortalidad en ese país. ¿Qué me importaba que volviera a vivir mi alma, pero sin ojos para ver Vicenza, sin manos para tocar las uvas de Vicenza, sin piel para notar la caricia de la noche desde el Monte Berico hasta la villa Valmarana?

Sí, todo eso era cierto. Pero, al tiempo, penetraba en mí con el sol algo que no me doy maña para explicar. En aquella cima extrema de la conciencia extrema, todo se juntaba y mi vida me aparecía como algo que había que rechazar o admitir en bloque. Necesitaba una grandeza. La hallaba en el hecho de confrontar mi honda desesperación y la indiferencia secreta de uno de los paisajes más hermosos del mundo. Sacaba de él fuerza para ser a un tiempo valeroso y consciente. Bastante me suponía ya un hecho tan difícil y tan paradójico. Pero es posible que ya haya forzado algo de lo que notaba entonces de forma tan atinada. Por lo demás, me acuerdo con frecuencia de Praga y de los días infames que pasé allí. He regresado a mi ciudad. Sólo de vez en cuando un olor agrio de pepinillo en vinagre acude a despertarme la inquietud. Tengo entonces que recordar Vicenza. Pero las dos me son caras y me cuesta separar mi amor por la luz y la vida de mi secreto apego a la experiencia desesperada que he querido describir. Ya se habrá dado cuenta el lector, y yo no quiero resolverme a escoger. En las afueras de Argel hay un cementerio pequeño con puertas de hierro negro. Si se llega hasta el fondo, se divisa el valle, con la bahía en lontananza. Puede uno quedarse mucho rato soñando ante esa ofrenda que suspira con el mar. Pero, al desandar lo andado, se topa con una lápida, «Nunca te olvidarán», en una tumba abandonada. Menos mal que están los idealistas para arreglar las cosas.

Amor por la vida

En Palma, por la noche, la vida es un reflujo lento hacia el barrio de los cafés cantantes que hay detrás del mercado; calles oscuras y silenciosas hasta el momento en que se llega ante las puertas de persiana por donde se filtran la luz y la música. Pasé una vez casi una noche entera en uno de esos cafés. Era una sala muy baja de techo, rectangular, pintada de verde, adornada con guirnaldas de color de rosa. El techo de madera estaba cuajado de minúsculas bombillas rojas. En aquel espacio tan pequeño conseguían encajarse de milagro una orquesta, una barra con botellas de todos los colores y el público, amontonado, hombro con hombro. Sólo hombres. En el centro, dos metros cuadrados libres de donde surgían vasos y botellas que enviaba el camarero a las cuatro esquinas de la habitación. No había aquí ni una persona consciente. Todo el mundo vociferaba. Alguien que parecía un oficial de marina me eructaba a la cara finezas repletas de alcohol. En mi mesa, un enano sin edad me contaba su vida. Pero yo estaba demasiado tenso para atenderle. La orquesta tocaba sin parar melodías de las que sólo se captaba el ritmo porque todos los pies llevaban el compás. A veces se abría la puerta. Con gritos vociferantes, empotraban al recién llegado entre dos sillas[1].

De pronto sonaron unos platillos y una mujer entró de un salto brusco en el exiguo redondel del centro del *cabaret*. «Veintiún años», me dijo el oficial. Me quedé estupefacto. Un rostro de muchacha, pero esculpido en una montaña de carne. Aquella mujer podía medir un metro ochenta. Era gigantesca y debía de pesar alrededor de trescientas libras. En jarras, vestida con una malla amarilla en cuyos orificios se abultaba un damero de carne blanca, sonreía; y ambas comisuras de la boca enviaban hacia la oreja unas cuantas ondulaciones menudas de carne. En la sala, el enardecimiento no

tenía ya límites. Se notaba que a aquella muchacha la conocían, la querían, la esperaban. Seguía sonriendo. Paseó la vista por el público y sin dejar ni el silencio ni la sonrisa, onduló el vientre proyectándolo hacia delante. La sala vociferó y exigió luego una canción que parecía conocida. Era una copla andaluza, gangosa, cuyo ritmo marcaba sordamente la batería cada tres compases. La mujer cantaba y, en cada retumbar, representaba con todo el cuerpo la mímica de los gestos del amor. Con aquel vaivén monótono y apasionado, le nacían de las caderas auténticas oleadas de carne que iban a morirle en los hombros. La sala estaba como anonadada. Pero, al llegar al estribillo, la muchacha, girando sobre sí misma, cogiéndose los pechos con las manos y abriendo una boca roja y húmeda, repitió la melodía a coro con la sala hasta que todo el mundo estuvo de pie entre una algarabía.

Ella, plantada en el centro, pegajosa de sudor, desgreñada, erguía su estatura sólida, henchida dentro de la malla amarilla. Como una diosa inmunda que saliera del agua, de frente obtusa y estrecha, con la mirada hueca, sólo daba señales de vida por un leve respingo de la rodilla como los de los caballos después de una carrera. En medio de la algazara brincadora que la rodeaba, era como la imagen innoble y exaltadora de la vida, con aquella desesperación en los ojos vacíos y aquel sudor denso en el vientre…

Sin los cafés y los periódicos, resultaría difícil viajar. Una hoja de papel impresa en nuestra lengua, un lugar en donde, por las noches, intentamos codearnos con otros hombres, nos permiten, mediante ademanes familiares, representar con la mímica al hombre que éramos en nuestra tierra y que, visto a distancia, nos parece tan ajeno. Pues lo que le da precio al viaje es el miedo. Destruye en nuestro fuero interno algo así como un decorado interior. Ya no podemos hacer trampa, ocultarnos tras horas de oficina y de tajo (esas horas de las que tanto protestamos y que con tanto tino nos defienden del sufrimiento de estar solos). Y, por ello, siempre siento el deseo de escribir novelas en que mis protagonistas digan: «¿Qué sería de mí sin las horas que paso en la oficina?», o también: «Mi mujer se ha muerto, pero afortunadamente hay un montón de envíos que debo tener listos para mañana». El viaje nos priva de ese refugio. Lejos de los nuestros, de nuestra lengua, arrebatados de cuanto nos sirve de apoyo, despojados de nuestras máscaras (no sabemos cuánto cuesta el tranvía y con todo lo demás pasa lo

mismo), nos hallamos por completo en la superficie de nuestras personas. Pero también, al notarnos el alma enferma, devolvemos a todos los seres, a todos los objetos, su valor milagroso. Una mujer que baila sin fijarse en lo que hace; una botella en una mesa, divisada tras un visillo; toda imagen se convierte en un símbolo. Nos da la impresión de que la vida se refleja entera en ella, en la medida de que, en ese momento, en ella se resume nuestra vida. Sensibles a todos los dones, ¿cómo referir las contradictorias embriagueces que podemos gustar (incluyendo la de la lucidez)? Y es posible que nunca comarca alguna, a no ser el Mediterráneo, me haya conducido a un tiempo tan lejos y tan cerca de mí mismo.

De aquí procedía, sin duda, mi emoción en el café de Palma. Pero al mediodía, por el contrario, en el barrio desierto de la catedral, entre los palacios viejos de patios frescos, por las calles que huelen a sombra, lo que me llamaba la atención era la idea de cierta «lentitud». En los miradores, mujeres ancianas estáticas. Y, caminando a lo largo de las casas, deteniéndome en los patios llenos de plantas y de pilares redondos y grises, me disolvía en aquel olor de silencio, me quedaba sin mis perfiles, no era ya sino el sonido de mis pasos, o esa bandada de aves, cuya sombra divisaba en la parte de arriba de las paredes en donde aún daba el sol. Pasaba también largas horas en el exiguo claustro gótico de San Francisco. La delicada y exquisita columnata relucía con ese hermoso amarillo dorado que tienen en España los monumentos viejos. En el centro, adelfas, turbintos, un pozo de hierro forjado del que colgaba un largo cucharón de metal oxidado donde bebían los transeúntes. A veces recuerdo aún el ruido límpido que hacía al chocar contra la piedra del pozo. Y, no obstante, lo que me enseñaba aquel claustro no era la dulzura de vivir. En los golpeteos secos de las alas de sus bandadas de palomas, en el silencio súbitamente acurrucado en el medio del jardín, en el chirrido aislado de la cadena de su pozo, recobraba yo un sabor nuevo y, sin embargo, familiar. Me sentía lúcido y sonriente ante ese juego único de las apariencias. Me parecía que un ademán habría rajado aquel cristal en el que sonreía el rostro del mundo. Algo se desbarataría, el vuelo de las palomas moriría y todas ellas caerían despacio sobre sus alas desplegadas. Sólo mi silencio y mi inmovilidad tornaban plausible aquello que tanto se parecía a una ilusión. Yo entraba en

el juego. Sin dejarme engañar, me prestaba a las apariencias. Un hermoso sol dorado templaba despacio las piedras amarillas del claustro. Una mujer sacaba agua del pozo. Dentro de una hora, un minuto, un segundo, ahora mismo quizá, todo podía derrumbarse. Y, sin embargo, el milagro seguía. El mundo duraba, púdico, irónico y discreto (igual que algunas formas dulces y contenidas de la amistad de las mujeres). Seguía habiendo un equilibrio, aunque teñido de toda la aprensión de su propio final.

Allí se hallaba todo mi amor por la vida: una pasión silenciosa por aquello que quizá se me iba a escapar, una amargura bajo una llama. Todos los días me iba de aquel claustro como arrebatado de mí mismo, contenido por un breve instante en la duración del mundo. Y sé muy bien por qué me acordaba entonces de los ojos sin mirada de los Apolos dóricos o de los personajes ardientes e inmutables de Giotto[2]. Porque entonces entendía de verdad lo que podían aportarme países así. Siento admiración por el hecho de que puedan hallarse a orillas del Mediterráneo certidumbres y normas de vida, por que podamos encontrar en ese lugar satisfacción para nuestra razón de ser y justificación para un optimismo y un sentido social. Pues se da el caso de que lo que a la sazón me impresionaba no era un mundo hecho a la medida del hombre, sino que se cerraba en torno al hombre. No, si la lengua de esos países armonizaba con lo que me retumbaba en lo más hondo no era porque respondiera a mis preguntas, sino porque las volvía inútiles. No eran acciones de gracias lo que podían subirme a los labios, sino esa *Nada*[3] que no pudo nacer sino ante paisajes agobiados de sol. No existe amor por la vida sin desesperación por la vida.

En Ibiza iba todos los días a sentarme en los cafés que hay a lo largo del puerto. A eso de las cinco, los jóvenes de la localidad pasean, en dos hileras, arriba y abajo del muelle. Allí se hacen las bodas, y la vida toda. Es imposible no pensar que hay cierta grandeza en el hecho de empezar así la vida, delante de todo el mundo. Me sentaba, aturdido aún del sol del día, rebosante de iglesias blancas y de paredes gredosas, de campos secos y de olivos hirsutos. Bebía horchata dulzona. Miraba la curva de las colinas que tenía enfrente. Bajaban suavemente hacia el mar. El atardecer se volvía verde. En la colina más alta, la última brisa hacía girar las alas de un molino. Y, por un milagro natural, todo el mundo bajaba el tono de voz. De

forma tal que no había ya sino cielo y palabras cantarinas que se alzaban hacia él, pero se oían como si llegasen desde muy lejos. En aquel breve instante de crepúsculo imperaba un algo fugaz y melancólico que no sólo notaba un hombre, sino un pueblo entero. En lo que a mí se refería, sentía ganas de amar de la misma forma que se sienten ganas de llorar. Me parecía que todas y cada una de mis horas de sueño iban a ser, a partir de entonces, horas robadas a la vida… es decir, al tiempo del deseo sin objeto. De la misma forma que en aquellas horas vibrantes del *cabaret* de Palma y del claustro de San Francisco, estaba quieto y tenso, sin fuerzas ante aquel gigantesco impulso que quería colocarme el mundo en las manos.

Sé perfectamente que estoy equivocado y que hay que ponerse límites. Y tal es la condición para crear. Pero no hay límites para amar; y qué más puede darme apretar poco, siempre y cuando pueda abrazarlo todo. Hay mujeres en Génova cuya sonrisa amé durante toda una mañana. No volveré a verlas y no cabe duda de que no hay nada más sencillo. Pero las palabras no podrán ahogar la llama de mi añoranza. El pocito del claustro de San Francisco: miraba pasar por él bandadas de palomas y se me olvidaba la sed. Pero siempre llegaba el momento en que la sed me volvía.

El revés y el derecho

Era una mujer original y solitaria. Vivía en estrecho comercio con los espíritus, hacía suyas sus querellas y se negaba a tratar con algunas personas de su familia que estaban mal vistas en el mundo en donde ella buscaba refugio.

Le correspondió una herencia pequeña, que le venía de su hermana. Aquellos cinco mil francos, que llegaban en las postrimerías de la vida, resultaron un estorbo bastante considerable. Había que invertirlos. Casi todos los hombres son capaces de manejar una fortuna grande, pero las dificultades empiezan cuando la suma es reducida. Aquella mujer permaneció fiel a sí misma. Próxima ya a la muerte, quiso un abrigo para sus ancianos huesos. Se le presentaba una auténtica oportunidad. En el cementerio de la ciudad en que vivía acaba de concluir el plazo de una sepultura temporal y, en aquella parcela, los propietarios habían levantado un panteón espléndido, de líneas sobrias y mármol negro, un auténtico tesoro, la verdad sea dicha, que le dejaban en cuatro mil francos. Compró el panteón. Era un valor seguro, al amparo de las fluctuaciones de la bolsa y de los acontecimientos políticos. Mandó acondicionar la fosa interior, dispuso que estuviera lista para su propio cuerpo. Y, cuando estuvo todo concluido, mandó grabar su nombre en letras capitales de oro.

La satisfizo tanto aquel asunto que le entró auténtico amor por su sepultura. Al principio, iba a ver cómo avanzaban las obras. Acabó por acudir a visitarse todos los domingos por la tarde. Fue su única salida y su única distracción. A eso de las dos de la tarde, recorría el largo trayecto que la conducía hasta las puertas de la ciudad, en donde estaba el cementerio. Entraba en el estrecho panteón, cerraba cuidadosamente la puerta y se arrodillaba en el reclinatorio. Y así, en presencia de sí misma, confrontando

lo que era y en lo que se convertiría, recuperando el eslabón de una cadena siempre rota, caló sin mayor esfuerzo en los secretos designios de la Providencia. Y un singular símbolo hizo incluso que cayera en la cuenta un día de que a los ojos del mundo ya estaba muerta. El día de Todos los Santos, llegó con cierto retraso y se encontró el umbral de la puerta piadosamente alfombrado de violetas. Unos desconocidos compasivos habían tenido la delicada atención, al ver aquella tumba sin flores, de compartir las suyas y honrar la memoria de aquel difunto que se había quedado solo.

Y hete aquí que vuelvo a esos recuerdos. De este jardín que hay del otro lado de la ventana sólo veo las tapias. Y esas pocas frondas por las que corre la luz. Más arriba, también frondas. Más arriba aún, el sol. Pero de todo ese júbilo del aire que se nota fuera, de todo ese gozo repartido por el mundo, no diviso sino sombras de ramas que juguetean en mis visillos blancos. Y también cinco rayos de sol que vierten con paciencia en la habitación un aroma a hierbas secas. Si llega una brisa, las sombras se animan en el visillo. Si una nube tapa el sol y lo destapa luego, surge de la sombra el amarillo deslumbrador de ese jarrón de mimosas. Basta con eso: un único resplandor naciente y heme aquí rebosante de un gozo impreciso que me aturde. Es una tarde de enero lo que me pone así frente al revés del mundo. Pero el frío sigue en la trasera del aire. Por doquier una película de sol que podría quebrarse con la uña, pero que le pone a todo una sonrisa eterna. ¿Quién soy y qué puedo hacer sino entrar en el juego de las frondas y la luz? Ser ese rayo en que se me consume el cigarrillo, esa suavidad y esa pasión discreta que alienta en el aire. Si intento alcanzarme, lo hago en lo más hondo de esa luz. Y si intento entender y paladear ese exquisito sabor que revela el secreto del mundo, a quien encuentro en lo hondo del universo es a mí mismo. A mí mismo, es decir, esa emoción extrema que me libera del decorado.

Dentro de un rato, otras cosas: los hombres y las sepulturas que compran. Pero dejadme ahora recortar este minuto del tejido del tiempo. Hay quien deja una flor entre unas páginas, y encierra así un paseo o un amor que les pasó rozando. Yo también me paseo, pero quien me acaricia es un dios. La vida es corta y es un pecado perder el tiempo que tenemos en la

medida en que nos perdemos a nosotros. Hoy es día de un alto, y mi corazón acude al encuentro de sí mismo. Si hay una angustia que aún me oprima, es la de notar cómo este instante impalpable se me escurre entre los dedos como las perlas del mercurio. Dejad, pues, en paz a esos que quieren darle la espalda al mundo. No me quejo, puesto que me estoy mirando nacer. En la hora presente, todo mi reino es de este mundo. Este sol y estas sombras, este calor y este frío que viene de la trasera del aire: ¿voy acaso a preguntarme si algo muere y si los hombres sufren puesto que todo está escrito en esta ventana en la que el cielo vierte su plenitud que acude al encuentro de mi piedad? Puedo decir, y lo diré dentro de un rato, que lo que cuenta es ser humano y sencillo. No, lo que cuenta es ser auténtico, y entonces ahí entra todo, la humanidad y la sencillez. ¿Y cuándo soy más auténtico que cuando soy el mundo? Me veo colmado antes de desear. Ahí está la eternidad y yo tenía puesta la esperanza en su llegada. No es ya ser dichoso lo que deseo ahora, sino sólo ser consciente.

Un hombre mira y el otro cava su fosa: ¿cómo separarlos? ¿Los hombres y su absurdo? Pero he aquí la sonrisa del cielo. ¿Crece la luz y pronto llegará el verano? Pero he aquí los ojos y la voz de aquellos a quienes hay que amar. Me atan al mundo todos mis gestos; y a los hombres, toda mi piedad y mi agradecimiento. Entre este derecho y este revés del mundo, no quiero escoger, no me gusta que nadie escoja. La gente no quiere que haya personas lúcidas e irónicas. Dicen: «Eso demuestra que no es usted bueno». No veo la relación. Desde luego que si oigo a alguien decir que es inmoralista, traduzco que precisa dar con una moral; si oigo a otro que desprecia la inteligencia, entiendo que no puede soportar las dudas que tiene. Pero es porque no me gusta que se haga trampa. Lo valiente de verdad es, bien pensado, conservar los ojos abiertos a la luz, de la misma forma que a la muerte. Por lo demás, ¿cómo explicar el vínculo que conduce de ese amor ávido por la vida a esa desesperación secreta? Si atiendo a la ironía[1], agazapada en el fondo de todo esto, asoma poco a poco. Dice, guiñando el ojo pequeño y agudo: «Vivid como si…». Pese a tantas y tantas búsquedas, ésa es cuanta ciencia tengo.

En última instancia, no estoy seguro de tener razón. Pero no es eso lo importante si me acuerdo de esa mujer cuya historia me refirieron. Iba a

morirse y su hija la vistió para el sepulcro mientras vivía aún. Resulta que, por lo visto, es más fácil cuando los miembros no están rígidos. Pero no deja de ser curioso qué prisa tiene esta gente entre la que vivimos.

Discurso de Suecia



Al señor Louis Germain

Discurso del 10 de diciembre de 1957[1]

Al recibir la distinción con que su libre Academia ha querido honrarme, mi gratitud era tanto más profunda cuanto yo consideraba hasta qué punto esta recompensa excedía mis méritos personales. Todo hombre, y con más razón, todo artista desea ser reconocido. Yo también lo deseo. Pero al conocer su decisión no pude dejar de comparar su repercusión con lo que soy en realidad. ¿Cómo no iba a enterarse con una especie de pánico de un fallo que lo llevaba de golpe, solo y reducido a sí mismo en medio de una luz intensa, un hombre aún joven que sólo cuenta con sus dudas y una obra todavía en formación y habituado a vivir en la soledad del trabajo o el retiro de la amistad?

Yo sentí en mi fuero interno desasosiego y turbación. A fin de recobrar la paz, tuve que hacer un gran esfuerzo para poder sentirme a la altura de un destino demasiado generoso. Y puesto que no podía igualarme a él apoyándome únicamente en mis méritos, no encontré otra ayuda mejor que la que me ha sostenido siempre, a lo largo de toda mi vida, aun en las circunstancias más adversas: la idea que tengo de mi arte y del papel del escritor. Permítanme, pues, que, desde el agradecimiento y la amistad, les hable, tan sencillamente como pueda, de esta idea.

Personalmente, no puedo vivir sin mi arte. Pero nunca lo he situado por encima de todo. Al contrario, si lo necesito es porque no se separa de nadie y porque me permite vivir, tal como soy, en el plano de todos. El arte no es a mis ojos un placer solitario. Es un medio para conmover al mayor número posible de personas, al ofrecerles una imagen privilegiada de los sufrimientos y alegrías comunes. Obliga, pues, al artista a no aislarse y lo somete a la verdad más humilde y más universal. Y quien a menudo ha escogido su destino de artista por sentirse diferente, no tarda en darse

cuenta de que no nutrirá su arte y su diferencia, sino reconociendo su semejanza con todos. El artista se forma en esta perpetua ida y vuelta de sí a los demás, a medio camino entre la belleza, de la que no puede prescindir, y la comunidad, de la que no puede extirparse. Por esto es por lo que los verdaderos artistas no desprecian nada; se obligan a comprender en vez de a juzgar. Y si tienen que tomar partido en este mundo, no puede ser otro que el de una sociedad en la que, según la gran frase de Nietzsche, no reine ya el juez, sino el creador, sea trabajador o intelectual.

A la vez, el papel del escritor no está exento de difíciles deberes. Por definición, no puede ponerse hoy al servicio de los que hacen la Historia; está al servicio de los que la sufren. De no hacerlo así, se quedará solo y privado de su arte. Ni todos los ejércitos de la tiranía con sus millones de hombres le salvarán de la soledad, aun cuando consienta —menos aún en este caso— en alinearse con ellos. En cambio, el silencio de un prisionero desconocido, abandonado a las humillaciones en el otro extremo del mundo, basta para sacar al escritor del exilio, al menos cada vez que logre, en medio de los privilegios de la libertad, no olvidar ese silencio y hacerlo resonar con los medios del arte.

Ninguno de nosotros es lo suficientemente grande para semejante vocación. Pero, en todas las circunstancias de su vida, oscuro o provisionalmente célebre, aherrojado por la tiranía o libre de expresarse por un tiempo, el escritor puede reencontrar el sentimiento de una comunidad viva que lo justificará a condición de que acepte, en la medida de sus medios, las dos responsabilidades que constituyen la grandeza de su oficio: el servicio de la verdad y el de la libertad. Puesto que su vocación es reunir al mayor número posible de personas, ésta no puede acomodarse a la mentira y a la esclavitud que, allí donde reinan, hacen proliferar las soledades. Cualesquiera que sean nuestras debilidades personales, la nobleza de nuestro oficio arraigará siempre en dos compromisos difíciles de mantener: la negativa a mentir sobre lo que se sabe y la resistencia a la opresión.

Durante más de veinte años de una historia demencial, perdido sin auxilio, como todos los hombres de mi edad, en las convulsiones de la época, me he sentido sostenido por el oscuro sentimiento de que escribir era

hoy un honor, porque este acto obligaba, y obligaba no sólo a escribir. Me obligaba particularmente a soportar con todos los que vivían la misma historia, tal como yo era y según mis fuerzas, la desdicha y la esperanza que compartíamos. Esos hombres, nacidos al comienzo de la Primera Guerra Mundial, que tenían veinte años cuando se instauraban a la vez el poder hitleriano y los primeros procesos revolucionarios, que se confrontaron luego, para completar su educación, con la guerra de España, con la Segunda Guerra Mundial, con el universo concentracionario, con la Europa de la tortura y de las prisiones, deben hoy educar a sus hijos y realizar sus obras en un mundo amenazado por la destrucción nuclear. Nadie, supongo, puede pedirles que sean optimistas. Y opino incluso que debemos comprender, sin cesar de luchar contra ellos, el error de los que, en una espiral de desesperación, han reivindicado el derecho al deshonor y se han precipitado a los nihilismos de la época. Pero ahí está el hecho de que la mayor parte de nosotros, en mi país y en Europa, hayamos rechazado esos nihilismos y nos hayamos dedicado a la búsqueda de una legitimidad. Hemos tenido que forjarnos un arte de vivir en tiempo de catástrofes para nacer por segunda vez y luchar luego, a rostro descubierto, contra el instinto de muerte que actúa en nuestra historia.

Cada generación, sin duda, se cree destinada a rehacer el mundo. La mía sabe, sin embargo, que no lo rehará. Pero su tarea acaso sea más grande. Consiste en impedir que el mundo se deshaga. Heredera de una historia corrompida en la que se mezclan las revoluciones caídas, las técnicas que han caído en la locura, los dioses muertos y las ideologías extenuadas, en la que mediocres poderes pueden hoy destruirlo todo pero no saben convencer, en la que la inteligencia se ha rebajado hasta hacerse la sirvienta del odio y de la opresión, esta generación ha debido restaurar, en sí misma y en torno a sí misma a partir de sus negaciones, un poco de lo que da la dignidad de vivir y de morir. Ante un mundo amenazado de desintegración, en el que nuestros grandes inquisidores pueden establecer para siempre los reinos de la muerte, esta generación sabe que, en una especie de loca carrera contra el reloj, debería restaurar entre las naciones una paz que no sea la de la servidumbre, reconciliar de nuevo el trabajo y la cultura, y rehacer con todos los hombres un arca de la alianza. No es seguro que pueda llegar a

cumplir esta tarea inmensa, pero sí es seguro que a lo largo de todo el mundo hace ya su doble apuesta por la verdad y por la libertad, y que, si llega el caso, sabrá morir por ella sin odio. Es esta generación la que merece ser saludada y estimulada en todas partes, y sobre todo allí donde se sacrifica. Seguro de que estaréis en profundo acuerdo conmigo, es en esta generación, en todo caso, en la que quiero hacer recaer el honor que ustedes me han concedido.

Lo dicho hasta aquí supone, a la vez que resaltar la nobleza del oficio de escribir, poner al escritor en su verdadero lugar, sin otros títulos que los que comparte con sus compañeros de lucha: vulnerable pero obstinado, injusto y apasionado por la justicia, construyendo su obra a la vista de todos, sin vergüenza ni orgullo, siempre en tensión entre el dolor y la belleza, y destinado, en fin, a extraer de su doble ser las creaciones que obstinadamente trata de edificar en el movimiento destructor de la historia. Dicho esto, ¿quién podría esperar de él soluciones redondas y hermosas moralejas? La verdad es misteriosa, huidiza, y siempre está por conquistar. La libertad es peligrosa, tan apasionante como difícil de vivir. Nosotros debemos marchar hacia esos dos objetivos, penosa pero resueltamente, sabedores de antemano de los desfallecimientos en que caeremos durante tan largo camino. ¿Qué escritor osaría entonces, con buena conciencia, erigirse en predicador de la virtud? En cuanto a mí respecta, tengo que decir una vez más que no soy nada de todo eso. Nunca he podido renunciar a la luz, a la dicha de existir, a la vida libre en la que he crecido. Pero, aunque esta nostalgia explique muchos de mis errores y de mis culpas, debo decir que me ha ayudado a comprender mejor mi oficio y que me ayuda todavía a mantenerme ciegamente junto a todos esos hombres silenciosos que sólo pueden soportar en el mundo la vida que se les depara gracias al recuerdo o al retorno de breves y libres momentos de felicidad.

Reconducido así a lo que yo soy realmente, a mis límites, a mis deudas, así como a mi fe difícil, me siento más libre para reconocer la amplitud y la generosidad de la distinción que acaban de concederme, más libre también para decirles que yo querría recibirla como un homenaje rendido a todos los que, compartiendo el mismo combate, no han recibido ningún privilegio, sino, por el contrario, han sufrido desgracias y persecuciones.

Sólo me queda ya darles las gracias de corazón y hacerles públicamente, en testimonio personal de gratitud, la misma y antigua promesa de fidelidad que cada artista verdadero se hace a sí mismo, cada día, en el silencio.

Conferencia del 14 de diciembre de 1957[1]

Un sabio oriental pedía en sus plegarias que la divinidad tuviese a bien dispensarle de vivir una época interesante. A nosotros, como no somos sabios, la divinidad no nos ha dispensado y vivimos una época interesante. En todo caso, no admite que podamos desinteresarnos de ella. Los escritores de hoy lo saben. Si hablan, se les critica y se les ataca. Si, por modestia, se callan, sólo se les hablará de su silencio, para reprochárselo ruidosamente.

En medio de tanto ruido, el escritor no puede ya esperar mantenerse al margen para perseguir las reflexiones y las imágenes que le son gratas. Hasta ahora, para bien o para mal, la abstención siempre ha sido posible en la historia. Quien no aprobaba algo, podía callarse o hablar de otra cosa. Hoy, todo ha cambiado, y hasta el silencio cobra un sentido temible. A partir del momento en que hasta la abstención es considerada como una elección, castigada o elogiada como tal, el artista, quiéralo o no, está embarcado. Embarcado me parece aquí más preciso que comprometido. Pues para el artista no se trata, en efecto, de un compromiso voluntario, sino más bien de un servicio militar obligatorio. Todo artista está hoy embarcado en la galera de su tiempo. Debe resignarse a ello, aunque estime que esa galera apesta a arenque, que los cómitres son demasiado numerosos y que, además, sigue un rumbo equivocado. Estamos en medio del mar. El artista, como los demás, debe remar a su vez, sin morir si es posible, es decir: sin dejar de seguir viviendo y creando.

A decir verdad, eso no es fácil y comprendo que los artistas añoren su antigua comodidad. El cambio es un poco brutal. Ciertamente, en el circo de la historia siempre han existido el mártir y el león. El primero se mantenía de consuelos eternos, el segundo de alimentos históricos

sangrientos. Pero el artista estaba en las gradas. Cantaba para nada, para sí mismo o, en el mejor de los casos, para animar al mártir y distraer un poco al león de su apetito. Ahora, por el contrario, el artista se encuentra en el circo. Forzosamente, su voz ya no es la misma, es mucho menos firme.

Es fácil ver todo lo que puede perder el arte en esta constante obligación. La soltura ante todo, y esa divina libertad que respira en la obra de Mozart. Se comprende mejor así el aspecto hosco y rígido de nuestras obras de arte, su frente ceñuda y sus súbitas derrotas. Así se explica que tengamos más periodistas que escritores, más *boy-scouts* de la pintura que Cézannes y que, en fin, la biblioteca rosa o la novela negra hayan ocupado el lugar de *Guerra y paz* o de *La cartuja de Parma*. Claro es que siempre puede oponerse a este estado de cosas la lamentación humanista, o convertirse en lo que Trofimovitch, en *Los posesos*, quiere ser a toda costa: la encarnación del reproche. Como este personaje, se puede también tener accesos de tristeza cívica. Pero esta tristeza no cambia en nada la realidad. Más vale, en mi opinión, dar a la época lo suyo, puesto que lo reclama con tanto vigor, y reconocer tranquilamente que han pasado ya los tiempos de los caros maestros, de los eruditos a la violeta y de los genios encaramados a un sillón. Crear hoy es crear peligrosamente. Toda publicación es un acto que expone a su autor a las pasiones de un siglo que no perdona nada. El problema no estriba en saber si eso es o no perjudicial para el arte. El problema, para todos los que no pueden vivir sin el arte y lo que éste significa, estriba únicamente en saber cómo, entre las policías de tantas ideologías (¡cuántas iglesias, cuánta soledad!), sigue siendo posible la extraña libertad de la creación.

No basta decir a este respecto que el arte está amenazado por los poderes del Estado. En tal caso, en efecto, el problema para el artista sería muy sencillo: o luchar o capitular. El problema es más complejo, más mortal también, desde el momento en que se hace evidente que el combate se desarrolla en el fuero interno del propio artista. Si el odio al arte, del que nuestra sociedad ofrece tantos ejemplos, muestra hoy tanta eficacia, es porque los propios artistas lo alimentan. Las dudas de los artistas que nos precedieron concernían a su propio talento. Las de los artistas de hoy conciernen a la necesidad de su arte, es decir, a su existencia misma. En

1957, Racine pediría perdón por escribir *Bérénice* en vez de combatir en defensa del Edicto de Nantes.

Este cuestionamiento del arte por el artista obedece a muchas razones, de las que hay que quedarse sólo con las más elevadas. En el mejor de los casos, se explica por la impresión que puede tener el artista contemporáneo de mentir o de hablar para nada si no tiene en cuenta las miserias de la historia. Lo que caracteriza a nuestro tiempo, en efecto, es la irrupción de las masas y de su miserable condición ante la sensibilidad contemporánea. Se sabe que existen, cuando antes se tendía a olvidarlo. Y si ahora se sabe, no es porque las minorías selectas, artísticas u otras, se hayan hecho mejores, no, tranquilicémonos; es porque las masas se han hecho más fuertes y no dejan que se las olvide.

Hay más razones aún, y algunas menos nobles, para esta dimisión del artista. Pero cualesquiera que sean tales razones, todas concurren al mismo fin: a desanimar la creación libre a través del ataque a su principio esencial, que es la fe del creador en sí mismo. «La obediencia de un hombre a su propio genio —dijo magníficamente Emerson— es la fe por excelencia». Y otro escritor norteamericano del siglo XIX añadía: «Mientras un hombre permanece fiel a sí mismo, todo —gobierno, sociedad, el sol mismo, la luna y las estrellas— abunda en su sentido». Este prodigioso optimismo parece muerto hoy. El artista, en la mayoría de los casos, se avergüenza de sí mismo y de sus privilegios, si es que los tiene. Debe responder ante todo a la cuestión que se plantea: ¿es el arte un lujo mentiroso?

I

La primera respuesta honrada que puede darse es ésta: a veces, en efecto, el arte es un lujo mentiroso. Sabemos que siempre y en todas partes se puede cantar a las constelaciones desde la toldilla de las galeras, mientras los forzados reman y se extenúan en la cala, igual que se puede centrar la atención en la conversación mundana que se desarrolla en las gradas del circo mientras la víctima cruje bajo los dientes del león. Y es difícil objetar algo a este arte que ha conocido grandes éxitos en el pasado. Sólo que las

cosas han cambiado un poco y que el número de forzados y de mártires ha aumentado prodigiosamente en toda la superficie del globo. Ante tanta miseria, si este arte quiere seguir siendo un lujo, hoy debe aceptar ser también una mentira.

¿De qué podría hablar, en efecto? Si se amolda a lo que pide la mayoría de nuestra sociedad, será puro entretenimiento sin alcance. Si lo rechaza ciegamente, si el artista decide aislarse en su sueño, no expresará otra cosa que un rechazo. Tendremos así una producción de entretenedores o de gramáticos formalistas, que, en ambos casos, conduce a un arte separado de la realidad viva. Desde hace casi un siglo, vivimos en una sociedad que ni siquiera es la sociedad del dinero (el dinero o el oro pueden suscitar pasiones carnales), sino la de los símbolos abstractos del dinero. La sociedad de los comerciantes puede definirse como una sociedad en la que las cosas desaparecen en beneficio de los signos. Cuando una clase dirigente mide sus fortunas, no ya en hectáreas de tierra ni en lingotes de oro, sino por las cifras que corresponden idealmente a un cierto número de operaciones de cambio, se obliga a la vez a instalar cierta especie de mixtificación en el centro de su experiencia y de su universo. Una sociedad basada en los signos es, en su esencia, una sociedad artificial en la que la verdad carnal del hombre está mixtificada. No puede sorprender, pues, que esta sociedad haya escogido y elevado a religión una moral de principios formales y que inscriba las palabras libertad e igualdad tanto en sus prisiones como en sus templos financieros. Sin embargo, las palabras no se dejan prostituir impunemente. El valor más calumniado hoy es el de la libertad. Hay gente de buenas intenciones (siempre he pensado que hay dos clases de inteligencia, la inteligente y la tonta) que han llegado a erigir en doctrina que la libertad no es sino un obstáculo en el camino del verdadero progreso. Tonterías tan solemnes han podido ser proferidas porque durante cien años la sociedad mercantilista ha hecho un uso exclusivo y unilateral de la libertad, la ha considerado como un derecho más bien que como un deber y no ha temido, siempre que ha podido, poner una libertad de principio al servicio de una opresión de hecho. En tales condiciones, no puede sorprender que esta sociedad no haya considerado al arte como un instrumento de liberación y sí como un ejercicio sin importancia y una

simple diversión. La «buena sociedad», en la que se sufría sobre todo de aflicciones de dinero y disgustos sólo de corazón, se contentó así, durante décadas, con sus novelistas mundanos y con el arte más fútil imaginable. A propósito de ese arte, decía Oscar Wilde, pensando en sí mismo antes de conocer la prisión, que el vicio supremo es ser superficial.

Los fabricantes de arte (todavía no me he referido a los artistas) de la Europa burguesa, antes y después de 1900, aceptaron de este modo la irresponsabilidad porque la responsabilidad suponía una ruptura peligrosa con su sociedad (los que verdaderamente rompieron se llamaban Rimbaud, Nietzsche, Strindberg, y ya se sabe el precio que pagaron). De esa época data la teoría del arte por el arte, que no es sino la reivindicación de esa irresponsabilidad. El arte por el arte, la distracción de un artista solitario, es precisamente el arte artificial de una sociedad ficticia y abstracta. Su resultado lógico es el arte de los salones, o el arte puramente formal que se nutre de preciosismos y de abstracciones y que acaba destruyendo toda realidad. Algunas de estas obras encantan a algunos hombres, mientras que muchas invenciones burdas corrompen a otros muchos. Al final, el arte se constituye al margen de la sociedad y se secciona de sus raíces vivas. Poco a poco, el artista, hasta el más celebrado, va quedándose solo, o al menos es reconocido por su nación únicamente a través de la prensa o de la radio, que darán de él una idea cómoda y simplificada. En efecto, mientras más se especializa el arte, más necesaria se hace la vulgarización. Millones de hombres tendrán así la impresión de conocer a tal o cual gran artista de nuestro tiempo porque han leído en los periódicos que cría canarios o que nunca se casa por más de seis meses. La mayor celebridad consiste hoy en ser admirado o detestado sin haber sido leído. Todo artista que quiera ser célebre en nuestra sociedad debe saber que no será él quien lo consiga, sino otro bajo su nombre, que acabará emancipándose de él o tal vez matando en él al artista verdadero.

No es sorprendente, pues, que todo lo válido que se ha creado en la Europa mercantilista de los siglos XIX y XX, en literatura, por ejemplo, se haya edificado contra la sociedad de su tiempo. Puede decirse que hasta los albores de la Revolución Francesa, la literatura en funciones es globalmente una literatura de consentimiento. A partir del momento en que la sociedad

burguesa, surgida de la Revolución, se encuentra estabilizada, se desarrolla, por el contrario, una literatura de rebelión. Los valores oficiales entonces pasan a ser negados, en Francia por ejemplo, sea por los portadores de valores revolucionarios, desde los románticos a Rimbaud, sea por los conservadores de los valores aristocráticos, de los que Vigny y Balzac son buenos ejemplos. En ambos casos, pueblo y aristocracia, que son las dos fuentes de toda civilización, se alzan contra la sociedad facticia de su tiempo.

Pero este rechazo, mantenido inflexiblemente durante mucho tiempo, se ha tornado facticio también y conduce a otra clase de esterilidad. El tema del poeta maldito nacido en una sociedad mercantilista (Chatterton es la mejor ilustración) se ha solidificado en un prejuicio que pretende que no se puede ser un gran artista sin enfrentarse a la sociedad de la época, cualquiera que ésta sea. Legítimo en su origen, cuando afirmaba que un verdadero artista no puede transigir con el mundo del dinero, el principio se ha tornado falso al establecer que un artista sólo puede afirmarse estando en contra de todo en general. Por eso muchos de nuestros artistas aspiran a la condición de malditos, tienen mala conciencia de no serlo y desean a la vez el aplauso y el silbido. Naturalmente, la sociedad actual, fatigada o indiferente, no aplaude o silba más que por azar. El intelectual de nuestro tiempo se empeña en resistir para engrandecerse. Pero a fuerza de rechazarlo todo, incluso la tradición de su arte, el artista contemporáneo llega a hacerse la ilusión de crear sus propias reglas y acaba creyéndose Dios. A la vez, cree poder crear por sí mismo su realidad. Sin embargo, alejado de su sociedad, no creará sino obras formales o abstractas, interesantes en tanto que experimentos, pero privadas de la fecundidad inherente al arte verdadero, cuya vocación es la de reunir. En suma, habrá tanta diferencia entre las sutilezas o las abstracciones contemporáneas y la obra de un Tolstói o de un Molière como entre la letra descontada sobre un trigo invisible y la gruesa tierra del propio surco.

II

El arte puede así ser un lujo mentiroso. No es extraño, pues, que algunos hombres o algunos artistas hayan querido dar marcha atrás y volver a la verdad. Desde ese momento, negaron que el artista tuviese derecho a la soledad y le ofrecieron como tema no sus sueños, sino la realidad vivida y sufrida por todos. Seguros de que el arte, tanto por sus temas como por su estilo, escapa a la comprensión de las masas, o bien no expresa nada de su verdad, esos hombres pretendieron que el artista se propusiera, por el contrario, hablar de la mayoría y para la mayoría. Que el artista traduzca los sufrimientos y la felicidad de todos en el lenguaje de todos, y será universalmente comprendido. Como recompensa de una fidelidad absoluta a la realidad, el artista obtendrá la comunicación total entre los hombres.

Este ideal de la comunicación universal es, en efecto, el de todo gran artista. Contrariamente al prejuicio establecido, si alguien no tiene derecho a la soledad, es precisamente el artista. El arte no puede ser un monólogo. Incluso el artista solitario y desconocido que invoca a la posteridad no hace otra cosa que reafirmar su vocación profunda. Por considerar imposible el diálogo con contemporáneos sordos o distraídos, invoca un diálogo más numeroso, con las generaciones venideras.

Pero para hablar de todos y a todos, es necesario hablar de lo que todos conocen y de la realidad que nos es común. El mar, la lluvia, la necesidad, el deseo, la lucha contra la muerte, eso es lo que nos reúne a todos. Nos reunimos en lo que vemos juntos, en lo que conjuntamente sufrimos. Los sueños cambian con los hombres, pero la realidad del mundo es nuestra patria común. La ambición del realismo es, pues, legítima, dado que está profundamente ligada a la aventura artística.

Seamos, pues, realistas. O más bien tratemos de serlo, si es que es posible serlo. Pues no es seguro que la palabra tenga sentido, no es seguro que el realismo, por deseable que pueda ser, sea posible. Preguntémonos ante todo si el realismo puro es posible en el arte. De creer a los naturalistas del siglo pasado, es la reproducción exacta de la realidad. Sería, pues, al arte lo que la fotografía es a la pintura: la primera reproduce, mientras que la segunda escoge. Pero ¿qué reproduce y qué es la realidad? Después de todo, aun la mejor de las fotografías no logra ser una reproducción bastante fiel, suficientemente realista. ¿Qué hay más real en nuestro universo, por

ejemplo, que la vida de un hombre, y qué medio mejor para resucitarla que una película realista? Pero ¿en qué condiciones sería posible tal película? En condiciones puramente imaginarias. En efecto, habría que suponer una cámara ideal centrada, día y noche, sobre ese hombre, cuyos menores movimientos captaría sin cesar. El resultado sería una película cuya proyección duraría la vida de un hombre y que sólo podría ser vista por espectadores resignados a perder su vida para interesarse exclusivamente por los detalles de la existencia de otro. Pero aun en tales condiciones esa película inimaginable no sería realista. Por la sencilla razón de que la realidad de la vida de un hombre no se encuentra únicamente allí donde esté. Se encuentra también en otras vidas que dan forma a la suya, las vidas de sus seres amados, que deberían filmarse a su vez, así como las vidas de hombres desconocidos, poderosos o miserables, conciudadanos, policías, profesores, compañeros invisibles de las minas y de los talleres, diplomáticos y dictadores, reformadores religiosos, artistas que crean mitos decisivos para nuestra conducta, humildes representantes, en fin, del soberano azar que reina hasta sobre las existencias más ordenadas. Así pues, sólo hay una película realista posible: la que sin cesar es proyectada ante nosotros por un aparato invisible sobre la pantalla del mundo. El único artista realista, de existir, sería Dios. Los demás artistas son forzosamente infieles a lo real.

En consecuencia, los artistas que rechazan la sociedad burguesa y su arte formal, que quieren hablar de la realidad y sólo de ella, se hallan en una dolorosa situación sin salida. Deben ser realistas y no pueden serlo. Quieren someter su arte a la realidad y no es posible describir la realidad sin realizar en ella una selección que la somete a la originalidad del arte. La hermosa y trágica producción de los primeros años de la Revolución rusa es una buena muestra de este tormento. Lo que Rusia nos dio entonces, con Blok y el gran Pasternak, Maiakovski y Essenin, Eisenstein y los primeros novelistas del cemento y del acero, fue un espléndido laboratorio de formas y de temas, una fecunda inquietud, una locura de investigaciones. Sin embargo, hubo que concluir planteándose cómo se podía ser realista cuando el realismo era imposible. En este caso, como en otros, la dictadura zanjó la

cuestión cortando por lo sano: el realismo, según ella, era, en primer lugar, necesario, y luego era posible a condición de que fuera socialista.

¿Qué sentido tiene este decreto?

De hecho, reconoce francamente que no se puede reproducir la realidad sin hacer en ella una selección, y rechaza la teoría del realismo tal como había sido formulada en el siglo XIX. Sólo le queda encontrar un principio de opción en torno al cual organizar el mundo. Y lo encuentra no en la realidad que conocemos, sino en la realidad que será, es decir, en el porvenir. Para reproducir bien lo que es, hay que pintar también lo que será. Dicho de otro modo, el verdadero objeto del realismo socialista es precisamente lo que no tiene todavía realidad.

La contradicción es grandiosa. Después de todo, la expresión misma de *realismo socialista* era contradictoria. En efecto, ¿cómo es posible un realismo socialista cuando la realidad no es enteramente socialista? No es socialista ni en el pasado ni en el presente. La respuesta es sencilla: se elegirá en la realidad de hoy o en la de ayer lo que prepare y sirva a la ciudad perfecta del futuro. Así, habrá que dedicarse, por una parte, a negar y condenar lo que en la realidad no es socialista, y, por otra, a exaltar lo que lo es o lo será. Inevitablemente, se llega así al arte de propaganda, con sus buenos y sus malos, a una biblioteca rosa, en suma, tan separada como el arte formalista de la realidad compleja y viva. El resultado final es que este arte será socialista en la medida en que no sea realista.

Esta estética que pretendía ser realista se convierte entonces en un nuevo idealismo burgués. Se da ostensiblemente a la realidad un rango soberano para liquidarla mejor. El arte queda reducido a nada. Es útil, y al utilizarlo se lo instrumentaliza. Sólo los que rehúyen describir la realidad serán llamados realistas y recibirán elogios. Los otros serán censurados a través de los aplausos a los primeros. Si en la sociedad burguesa la celebridad consiste en no ser leído o mal leído, en la sociedad totalitaria consiste en impedir a los otros que sean leídos. Una vez más, el arte verdadero será desfigurado o amordazado, y la comunicación universal se verá abortada por aquellos mismos que la deseaban apasionadamente.

Ante semejante fracaso, lo más sencillo sería reconocer que el llamado realismo socialista tiene muy poco que ver con el gran arte y que los

revolucionarios, por el bien de la revolución, deberían buscar otra estética. Sabido es, por el contrario, que sus defensores proclaman que fuera del realismo socialista no hay arte posible. Lo proclaman, en efecto. Pero tengo la profunda convicción de que no lo creen y de que han decidido que los valores artísticos deben someterse a los de la acción revolucionaria. Si esto se reconociera con claridad, la discusión sería más fácil. Cabe respetar tan gran renuncia en hombres que padecen con intensidad el contraste entre la desdicha de todos y los privilegios inherentes a veces a un destino de artista, que rechazan la insoportable distancia que separa a los amordazados por la miseria de quienes tienen por vocación expresarse siempre. Se podría comprender a esos hombres, tratar de dialogar con ellos, intentar decirles, por ejemplo, que la supresión de la libertad creadora acaso no sea el buen camino para la liberación de los oprimidos y que mientras se aguarda hablar para todos, es estúpido privarse del poder de hablar, al menos, para algunos. Sí, el realismo socialista debería reconocer sus lazos de parentesco, reconocer que es el hermano gemelo del realismo político. Sacrifica el arte en nombre de una finalidad extraña al arte, pero que, en la escala de los valores, puede parecerle superior. En resumen, suprime el arte provisionalmente para instaurar primero la justicia. Cuando la justicia esté entronizada, en un futuro todavía impreciso, el arte resucitará. Se aplica así a las cosas del arte esa regla de oro de la inteligencia contemporánea que afirma que no se hace una tortilla sin romper huevos. Pero este aplastante sentido común no debe engañarnos. No basta con romper millares de huevos para hacer una buena tortilla, y la calidad del cocinero, creo yo, no se estima por la cantidad de cáscaras rotas. Los cocineros artísticos de nuestro tiempo deben temer, por el contrario, romper más huevos de los que desearían y que, en consecuencia, la tortilla de la civilización no cuaje nunca, que el arte no resucite. La barbarie nunca es provisional. No se la tiene suficientemente en cuenta y es normal que se extienda del arte a las costumbres. Se ve entonces nacer, de la desdicha y de la sangre de los hombres, literaturas insignificantes, periódicos adictos, cuadros fotográficos y obras patrocinadas en las que el odio reemplaza a la religión. El arte culmina aquí en un optimismo de encargo, justamente el peor de los lujos y la más irrisoria de las mentiras.

No puede causar extrañeza. La pena de los hombres es un tema tan amplio que, al parecer, nadie es capaz de abordarlo, salvo que se sea como Keats, de quien se ha dicho que era tan sensible que habría podido tocar con sus manos el dolor mismo. Esto se hace evidente cuando una literatura dirigida se propone mitigar esa pena con consuelos oficiales. La mentira del arte por el arte fingía ignorar el mal y asumía así la responsabilidad de éste. Pero la mentira realista, aunque asuma con coraje el reconocimiento de la desdicha presente de los hombres, la traiciona también gravemente al utilizarla para exaltar una felicidad por venir de la que nadie sabe nada y que autoriza por tanto todas las mixtificaciones.

Las dos estéticas que se han enfrentado durante tanto tiempo, la que recomienda el rechazo total de la actualidad y la que pretende rechazar todo lo que no sea actualidad, terminan, sin embargo, convergiendo, lejos de la realidad, en una misma mentira y en la supresión del arte. El academicismo de derecha ignora una miseria que el academicismo de izquierda utiliza. Pero en ambos casos la miseria se ve reforzada al mismo tiempo que el arte se ve negado.

III

¿Debemos concluir que esta mentira es la esencia misma del arte? Muy al contrario, diré que las actitudes de las que vengo hablando no son mentiras más que en la medida en que no tienen mucho que ver con el arte. ¿Qué es, pues, el arte? Nada simple, eso es seguro. Y es aún más difícil saberlo en medio de los gritos de tantas gentes empecinadas en simplificarlo todo. Se quiere, por una parte, que el genio sea espléndido y solitario; se le conmina, por otra parte, a parecerse a todos. Pero, ¡ay!, la realidad es más compleja. Balzac lo dio a entender en esta frase: «El genio se parece a todo el mundo y nadie se le parece». Lo mismo ocurre con el arte, que no es nada sin la realidad, y sin el que la realidad es muy poca cosa. En efecto, ¿cómo podría el arte prescindir de la realidad y cómo podría someterse a ella? El artista escoge su objeto tanto como es escogido por éste. El arte, en un cierto sentido, es una rebelión contra el mundo en lo que tiene de huidizo e

inacabado; no se propone, pues, otra cosa que dar otra forma a una realidad que, sin embargo, está obligado a conservar porque es la fuente de su emoción. A este respecto, todos somos realistas y nadie lo es. El arte no es ni la negación total ni el consentimiento total a lo que es. Es al mismo tiempo negación y consentimiento, y por eso no puede ser sino un desgarramiento perpetuamente renovado. El artista se encuentra siempre en esta ambigüedad, incapaz de negar lo real y, sin embargo, eternamente dedicado a negarlo en lo que tiene de eternamente inacabado. Para hacer una naturaleza muerta es preciso que se enfrenten y se corrijan recíprocamente un pintor y una manzana. Y aunque las formas no sean nada sin la luz del mundo, añaden luminosidad a su vez a esta luz. El universo real que, por su esplendor, suscita los cuerpos y las estatuas, recibe de ellos al mismo tiempo una segunda luz que fija la del cielo. El gran estilo se halla así a medio camino entre el artista y su objeto.

No se trata, pues, de saber si el arte debe rehuir lo real o someterse a ello, sino únicamente de conocer la dosis exacta de realidad con que debe lastrarse la obra para que no desaparezca en las nubes ni se arrastre, por el contrario, con suelas de plomo. Cada artista resuelve este problema como buenamente puede o entiende. Cuanto más fuerte sea la rebelión de un artista contra la realidad del mundo, mayor será el peso de lo real necesario para equilibrarla. La obra más alta será siempre, como en los trágicos griegos, en Melville, Tolstói o Molière, la que equilibre lo real y su negación en un avivamiento mutuo semejante a ese manantial incesante que es el mismo de la vida alegre y desgarrada. Entonces surge, de tarde en tarde, un mundo nuevo, diferente del de todos los días y, sin embargo, el mismo, particular pero universal, lleno de inseguridad inocente, suscitado durante algunas horas por la fuerza y la insatisfacción del genio. Es eso y, sin embargo, no es eso; el mundo no es nada y es todo, he ahí el doble e incansable grito de cada artista verdadero, el grito que lo mantiene en pie, con los ojos siempre abiertos, y que, de tarde en tarde, despierta para todos en el seno del mundo dormido la imagen fugitiva e insistente de una realidad que reconocemos sin haberla conocido jamás.

Del mismo modo, el artista no puede ni apartarse de su siglo ni perderse en él. Si se aparta, habla en el vacío. Pero, inversamente, en la medida en

que tome el siglo como objeto, el artista afirmará su propia existencia en tanto que sujeto y no podrá someterse enteramente a él. Dicho de otro modo, es en el momento mismo en que el artista opta por compartir la suerte de todos cuando afirma su individualidad. Y no podrá librarse de esta ambigüedad. El artista toma de la historia lo que puede ver y sufrir por sí mismo, directa o indirectamente, es decir, la actualidad en el más estricto sentido de la palabra, y los hombres que viven hoy, no la remisión de esa actualidad a un futuro imprevisible para el artista. Juzgar al hombre contemporáneo en nombre de un hombre que aún no existe es algo que cae de lleno en el ámbito de la profecía. El artista sólo puede apreciar los mitos que se le proponen en función de su repercusión en el hombre de su tiempo. El profeta, religioso o político, puede juzgar de forma absoluta lo que, como es sabido, hace con frecuencia. Pero el artista no puede. Si juzgara de forma absoluta, dividiría sin matices la realidad entre el bien y el mal y caería en el melodrama. El fin del arte, por el contrario, no es legislar o reinar; es, ante todo, comprender. Y ocurre que a veces, a fuerza de comprender, reina. Pero ninguna obra genial se ha basado nunca en el odio y el desprecio. Por eso es por lo que el artista, al término de su itinerario, absuelve en vez de condenar. No es juez, sino justificador. Es el abogado perpetuo de la criatura viva, porque está viva. Aboga verdaderamente por el amor al prójimo, no por ese amor remoto que degrada al humanismo contemporáneo a catecismo de tribunal. Al contrario, la gran obra acaba confundiendo a todos los jueces. A través de ella, el artista, simultáneamente, rinde homenaje a la más alta figura del hombre y se inclina ante el último de los criminales. «No hay uno solo de los desdichados encerrados conmigo en este miserable lugar —escribió Wilde en la cárcel— que no se halle en relación simbólica con el secreto de la vida». Sí, y este secreto de la vida coincide con el del arte.

Durante ciento cincuenta años, los escritores de la sociedad mercantilista, con muy raras excepciones, creyeron poder vivir en una feliz irresponsabilidad. Vivieron, en efecto, y murieron solos, como habían vivido. Nosotros, los escritores del siglo XX, jamás estaremos solos. Debemos saber, al contrario, que no podemos evadirnos de la miseria común, y que nuestra única justificación, si es que existe alguna, es la de

hablar, en la medida de nuestras posibilidades, por aquellos que no pueden hacerlo. Pero debemos hacerlo por todos los que sufren en este momento, cualesquiera que sean las grandezas, pasadas o futuras, de los Estados y de los partidos que les oprimen: para el artista no hay verdugos privilegiados. Por eso es por lo que la belleza, incluso hoy, sobre todo hoy, no puede ponerse al servicio de ningún partido; sólo está al servicio, a largo o breve plazo, del dolor y de la libertad de los hombres. El único artista comprometido es el que sin rechazar el combate, se niega al menos a sumarse a los ejércitos regulares, me refiero al francotirador. La lección que saca entonces de la belleza, si la saca con honradez, no es una lección de egoísmo, sino de dura fraternidad. Así concebida, la belleza jamás ha esclavizado a ningún hombre. Y durante milenios, cada día, cada segundo, ha aliviado, por el contrario, la esclavitud de millones de hombres y, a veces, ha liberado para siempre a algunos. Tal vez aquí, en esta perpetua tensión entre la belleza y el dolor, el amor a los hombres y la locura de la creación, la soledad insoportable y la muchedumbre abrumadora, el rechazo y el consentimiento, toquemos la grandeza del arte. El arte camina entre dos abismos, que son la frivolidad y la propaganda. En esta línea en forma de sierra por la que avanza el gran artista, cada paso es una aventura, un riesgo extremo. En este riesgo, sin embargo, y sólo en él, está la libertad del arte. Libertad difícil y que se parece más bien a una disciplina ascética. ¿Qué artista lo negaría? ¿Qué artista osaría creerse a la altura de esta tarea incesante? Esta libertad supone la salud del corazón y del cuerpo, un estilo que ha de ser como la fuerza del alma y un paciente enfrentamiento. Es, como toda libertad, un riesgo perpetuo, una aventura extenuante, y he ahí por qué se evita hoy este riesgo igual que se evita la exigente libertad para precipitarse hacia toda clase de sumisiones y obtener al menos la comodidad espiritual. Pero si el arte no es una aventura, ¿qué es entonces y dónde está su justificación? No, el artista libre, como el hombre libre, no es el hombre cómodo. El artista libre es el que, con gran trabajo, crea su orden por sí mismo. Mientras más desenfrenado sea lo que debe ordenar, más estricta será su regla y con más fuerza afirmará su libertad. Hay una frase de Gide que siempre he aprobado aunque pueda prestarse al malentendido: «El arte vive de sujeción y muere de libertad». Eso es verdad. Pero de ahí no

debe inferirse que el arte pueda ser dirigido. El arte vive sólo de las obligaciones que se impone a sí mismo; muere de las demás. En cambio, si no se impone obligaciones a sí mismo, se pone a delirar y se somete a las sombras. El arte más libre, y el más rebelde, será así el más clásico; será la coronación del mayor esfuerzo. Mientras una sociedad y sus artistas no acepten este largo y libre esfuerzo, mientras se abandonen a la comodidad de la diversión o del conformismo, a los juegos del arte por el arte o a las prédicas del arte realista, sus artistas se quedarán en el nihilismo y en la esterilidad. Decir esto es decir que el renacimiento hoy depende de nuestro valor y de nuestra voluntad de clarividencia.

Sí, este renacimiento está en nuestras manos. Depende de nosotros que Occidente suscite esos contra-Alejandros que deben volver a anudar el nudo gordiano de la civilización, cortado por la fuerza de la espada. Para ello, tenemos que asumir todos los riesgos y los trabajos de la libertad. No se trata de saber si persiguiendo la justicia lograremos preservar la libertad. Se trata de saber que, sin la libertad, no realizaremos nada y perderemos a la vez la justicia futura y la belleza antigua. Sólo la libertad salva a los hombres del aislamiento; la opresión, en cambio, planea sobre una muchedumbre de soledades. Y el arte, a causa de esta esencia libre que he tratado de definir, reúne allí donde la tiranía separa. Así pues, ¿cómo puede extrañar que el arte sea el enemigo declarado de todos los regímenes opresores? ¿Cómo extrañarse de que los artistas y los intelectuales hayan sido las primeras víctimas de las tiranías modernas, sean de derecha o de izquierda? Los tiranos saben que hay en la obra de arte una fuerza de emancipación que sólo es misteriosa para los que no la aprecian. Cada gran obra hace más admirable y más rica la faz humana; ahí está todo su secreto. Y nunca habrá suficientes campos de concentración ni rejas carcelarias para oscurecer este conmovedor testimonio de dignidad. Por esto es por lo que no es cierto que se pueda, ni siquiera provisionalmente, suspender la cultura para preparar otra nueva. No se puede suspender el incesante testimonio del hombre sobre su miseria y su grandeza, no se puede suspender una respiración. No hay cultura sin herencia y nosotros no podemos ni debemos rechazar nada de la nuestra, la de Occidente. Cualesquiera que sean las obras del futuro, estarán todas henchidas del mismo secreto, hecho de valor

y de libertad, alimentado por la audacia de millares de artistas de todos los siglos y de todas las naciones. Sí, cuando la tiranía moderna nos muestra que, aun refugiado en su oficio, el artista es el enemigo público, tiene razón. Pero así, a través del artista, la tiranía rinde homenaje a una figura del hombre que nada hasta hoy ha podido destruir.

Mi conclusión es muy sencilla. Consiste en decir, en medio mismo del ruido y la furia de nuestra historia: «Alegrémonos». Alegrémonos, en efecto, de haber visto morir una Europa mentirosa y confortable y de vernos confrontados a crueles verdades. Alegrémonos en tanto que hombres, puesto que una larga mixtificación se ha venido abajo y ahora vemos con claridad lo que nos amenaza. Y alegrémonos en tanto que artistas, arrancados del sueño y de la sordera, forzosamente enfrentados a la miseria, a las cárceles y a la sangre. Si ante tal espectáculo conservamos la memoria de los días y de los rostros; si, inversamente, ante la belleza del mundo, somos capaces de no olvidar a los humillados, el arte occidental recobrará poco a poco su fuerza y su majestad. Ciertamente, en la historia hay pocos ejemplos de artistas enfrentados a tan duros problemas. Pero precisamente cuando las palabras y las frases, hasta las más sencillas, se pagan al precio de la libertad y de la sangre, el artista aprende a manejarlas con mesura. El peligro vuelve clásico, y toda grandeza, en suma, tiene sus raíces en el riesgo.

Ha pasado ya el tiempo de los artistas irresponsables. Podemos añorarlo por nuestras pequeñas satisfacciones. Pero tendremos que reconocer que esta prueba nos depara al mismo tiempo nuestras posibilidades de autenticidad, y aceptaremos el reto. La libertad del arte no vale gran cosa cuando no tiene otro sentido que asegurar la comodidad del artista. Para que un valor, o una virtud, arraigue en una sociedad, hay que defenderlos de verdad, es decir, pagar por ellos siempre que se pueda. Que la libertad se haya tornado peligrosa indica que está en camino de no dejarse prostituir. Y yo no estoy de acuerdo, por ejemplo, con los que se quejan actualmente del ocaso de la sabiduría. Aparentemente, tienen razón. Pero, en verdad, la sabiduría jamás decayó tanto como en los tiempos en que constituía sólo el placer sin riesgos de algunos humanistas librescos. Hoy, cuando se enfrenta

por fin a peligros reales, hay posibilidades de verla alzarse de nuevo, de que sea respetada de nuevo.

Se dice que Nietzsche, tras su ruptura con Lou Salomé, sumido en una soledad definitiva, abrumado y exaltado a la vez por la perspectiva de esa obra inmensa que debía realizar sin ayuda alguna, paseaba de noche por las montañas que dominan el golfo de Génova, y miraba consumirse las hojas y ramas con las que encendía grandes hogueras. He meditado a menudo en esos fuegos y he colocado mentalmente ante ellos a algunos hombres y algunas obras para ponerlos a prueba. Pues bien, nuestra época es uno de esos fuegos cuya quemadura insoportable reducirá sin duda a cenizas muchas obras. Pero en las que queden su metal permanecerá intacto y, con ellas, podremos entregarnos sin reservas a esa alegría suprema de la inteligencia que se llama «admiración».

Puede desearse, sin duda, y yo también lo deseo, una llama menos intensa, una tregua, la pausa propicia a la ensoñación. Pero tal vez no haya otra paz para el artista que la que se halla en lo más ardiente del combate. «Todo muro es una puerta», dijo Emerson acertadamente. No busquemos la puerta, y la salida, en otra parte que en el muro contra el que vivimos. Al contrario, busquemos el reposo allí donde se halla, es decir, en medio del combate. Pues, en mi opinión, y con esto voy a terminar, es ahí donde se encuentra. Se ha dicho que las grandes ideas vienen al mundo en patas de paloma. Si es así, y si aguzamos el oído, tal vez podamos oír, entre el fragor de imperios y naciones, un débil rumor de alas, el suave bullicio de la vida y de la esperanza. Unos dirán que esta esperanza la lleva un pueblo, otros que un hombre. Yo, por el contrario, creo que la despiertan, la reaniman y la mantienen millones de solitarios, cuyas obras y acciones niegan cada día las fronteras y las más burdas apariencias de la historia, para hacer resplandecer fugitivamente la verdad siempre amenazada que cada uno, por encima de sus sufrimientos y alegrías, eleva para todos.



ALBERT CAMUS (Mondovi, Argelia, 1913 - Villeblevin, Francia, 1960). Novelista, ensayista y dramaturgo francés, considerado uno de los escritores más importantes posteriores a 1945. Su obra, caracterizada por un estilo vigoroso y conciso, refleja la *philosophie de l'absurde*, la sensación de alienación y desencanto junto a la afirmación de las cualidades positivas de la dignidad y la fraternidad humana.

Camus nació en Mondovi (actualmente Drean, Argelia, entonces colonia francesa) el 7 de noviembre de 1913. Ingresó en la universidad de Argel, pero sus estudios pronto se vieron interrumpidos debido a una tuberculosis. Formó una compañía de teatro de aficionados que representaba obras para las clases trabajadoras; también trabajó como periodista y viajó mucho por Europa. En 1939 publicó *Bodas*, un conjunto de artículos que incluían reflexiones inspiradas por sus lecturas y viajes. En 1940 se trasladó a París y formó parte de la redacción del periódico *Paris-Soir*. Durante la II Guerra

Mundial fue miembro activo de la Resistencia francesa y, de 1945 a 1947, director de *Combat*, una publicación clandestina.

Argelia sirve de fondo a la primera novela que publicó Camus, *El extranjero* (1942), y a la mayoría de sus narraciones siguientes. Esta obra y el ensayo en el que se basa, *El mito de Sísifo* (1942), revelan la influencia del existencialismo en su pensamiento. De las obras de teatro que desarrollan temas existencialistas, *Calígula* (1945) es una de las más conocidas. Aunque en su novela *La Peste* (1947) Camus todavía se interesa por el absurdo fundamental de la existencia, reconoce el valor de los seres humanos ante los desastres. Sus obras posteriores incluyen la novela *La caída* (1956), inspirada en un ensayo precedente; *El hombre rebelde* (1951); la obra de teatro *Estado de sitio* (1948); y un conjunto de relatos, *El exilio y el reino* (1957). Colecciones de sus trabajos periodísticos aparecieron con el título de *Actuelles* (3 vols., 1950, 1953 y 1958) y *El verano* (1954). *Una muerte feliz* (1971), aunque publicada póstumamente, es de hecho su primera novela. En 1994 se publicó la novela incompleta en la que trabajaba cuando murió, *El primer hombre*. Sus *Cuadernos*, que cubren los años 1935 a 1951, también se publicaron póstumamente en dos volúmenes (1962 y 1964).

Camus, que obtuvo en 1957 el Premio Nobel de Literatura, murió en un accidente de coche en Villeblevin (Francia) el 4 de enero de 1960.

Notas

[1] Es bien sencillo. «Este libro ya existe, pero en muy pocos ejemplares que cuestan muy caros en las librerías. ¿Por qué sólo van a poder leerlo los lectores ricos?». Efectivamente, ¿por qué? <<

[1] Es decir, todo el mundo. <<

[2] Ver nota anterior. <<

[1] Existe cierta forma de estar a gusto en la alegría que define la auténtica civilización. Y el pueblo español es uno de los pocos civilizados de Europa.
<<

[2] Con la sonrisa y con la mirada empezó la decadencia de la escultura griega y la dispersión del arte italiano. Como si la belleza acabara donde empieza la inteligencia. <<

[3] En español en el original *[N. de la T.]* <<

[1] Esa «garantía de libertad» de la que habla Barrès. <<

[1] Este discurso fue pronunciado, siguiendo la tradición, en el Ayuntamiento de Estocolmo al final del banquete que clausuraba las ceremonias de concesión de los premios Nobel. <<

[1] Esta conferencia, titulada «El artista y su tiempo», fue pronunciada en el gran anfiteatro de la Universidad de Upsala. <<

Document Outline